

APARTADO DEL
BOLETIN DE LA ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA Nº 77

LOS PRIMEROS JESUITAS GERMANOS
EN CHILE (1686 - 1722)

POR

MAURO MATTHEI, O.S.B.

Santiago de Chile

1968

PRELIMINARES

Una de las características de la misión jesuítica antes de la expulsión de 1767 fue la presencia relativamente numerosa de extranjeros en sus filas. En esto la Compañía de Jesús se distinguió fundamentalmente de las otras cuatro órdenes religiosas que dominaban el campo apostólico hispanoamericano hasta la época de la Independencia. Mientras los franciscanos, dominicos, mercedarios y agustinos, sin cortar nunca los lazos con su retaguardia peninsular, se aclimataron en América con rapidez y se acriollaron casi con excesiva facilidad, los hijos de San Ignacio mantuvieron el principio de la internacionalidad en el reclutamiento misional. Con todo, el fuerte porcentaje de misioneros provenientes de los países de habla alemana (Alemania, Suiza, Austria, Bohemia), de los Países Bajos o de Italia, no se alcanzó sino gradualmente y a partir de 1664, en que una Real Cédula de Felipe IV, levantaba la prohibición que pesaba contra la entrada de misioneros no españoles a sus dominios. En los años anteriores a 1664 no habían faltado jesuitas extranjeros en América, pero su número era insignificante y su verdadera nacio-

alidad solía encubrirse con apellidos hispanizados. Así el insigne P. Francisco Vargas, cuyo retrato magistral leemos en los "Varones ilustres de la Compañía de Jesús en Chile", del P. Diego de Rosales, se llamaba en realidad Francisco Van den Bergh o Vandenberg y era oriundo de Maastricht, Holanda, y el P. Andrés Feldmann se convirtió en Chile en P. Andrés Agrícola. La costumbre de españolizar los apellidos persistió aún después de haberse levantado la prohibición contra los no españoles y más que un disimulo que la estrategia misional ya no urgía, revela un profundo deseo de adaptación al medio ambiente en que los misioneros trabajaban.

Diversas razones de índole religiosa y política habían llevado a las autoridades españolas a cerrar las Indias al clero no español, sin que eso impidiese ciertas "infiltraciones" germanas, sobre las que se hacía vista gorda. En 1654 las noticias de esta importación disimulada de misioneros extranjeros, especialmente en el Paraguay, habían irritado de tal manera a Felipe IV, que había dirigido una carta perentoria al General de la Compañía de Jesús, exigiendo el estricto cumplimiento de las normas restrictivas impuestas por Madrid.

No deja de ser interesante que fuese precisamente en Chile donde se produjese la primera reacción en contra de este artificial estado de cosas. El vasto campo apostólico del Reino, devastado periódicamente por los levantamientos araucanos, exigía un número de operarios evangélicos que ni el noviciado en Chile ni los de las cuatro provincias españolas de la Compañía de Jesús, podían proporcionar. Por eso ya el P. Alonso de Ovalle en su viaje a Roma (1640-51) había hecho gestiones para traer misioneros de diferentes provincias europeas de la Compañía de Jesús. Fray Gaspar de Villarreal, OSA, entonces obispo de Santiago, y el Marqués de Baidés, gobernador del Reino, habían apoyado estas gestiones, que se habían fijado por meta la obtención de 40 ó 60 misioneros para Chile. A pesar del relativo éxito de los esfuerzos del jesuita chileno en Madrid y Roma, a su vuelta (1650) no se le permitió embarcar consigo sino a 19 religiosos, españoles todos ellos. En 1654, como ya hemos visto, quedó reforzada la prohibición contra extranjeros.

A pesar de eso, en 1658, el Viceprovincial de la Compañía de Jesús en Chile, P. Juan de Albiz (español, llegado a Santiago en

1610, Viceprovincial de 1655 a 1658), haciendo referencia a un informe favorable presentado a la Corte por el teólogo Solórzano (a pedido del P. Alonso de Ovalle, cuando éste estuvo en Madrid), recalca de nuevo la conveniencia de traer misioneros de otras provincias, dada la penuria de vocaciones existentes en España y considerando la excelente actuación que habían tenido los escasos no españoles en Indias. Defendió esta causa en Madrid el Procurador General de Indias, P. Jacinto Pérez, que había sido Viceprovincial de Chile de 1643 a 1646 y que por lo tanto estaba bien enterado de las dificultades misionales en la Araucanía y Chiloé. Aducía el P. Pérez como argumento, "la grandísima utilidad . . . de enviar algunos sujetos de naciones extranjeras, porque, por una parte, tienen, por lo más, más flema que los españoles para asistirles continuamente y también por lo más son cariñosos y por otra, sus lenguas naturales frisan más con las de ellos que la nuestra, de que se sigue que, aplicándose a aprenderlas con las veras que lo hacen, lo consiguen con tanta brevedad y felicidad que tienen artes y vocabularios de muchísimas de ellas, por las cuales ellos mismos las enseñan a otros, medio que para granjear a los indios se ha reconocido hoy más poderoso de cuantos se han intentado". Aunque hoy difícilmente podríamos comprender por qué el alemán o el flamenco podrían ser más parecidos al mapuche que el español, la afirmación del informe sobre la aplicación de los germanos a las lenguas indígenas se volverá a hallar en muchos documentos posteriores.

Proseguía el informe del P. Jacinto Pérez diciendo que era "notorio que ninguno de los sujetos extranjeros ha dado en ninguna provincia de las Indias la menor ocasión para que se tema o conciba de él el menor desafecto a la corona de España, porque todos los de allá comen su pan. Se apasionan de suerte por Su Majestad y por nuestra nación, que perderán mil vidas antes de faltarle en un punto a la fidelidad. Y no se hallará en los registros del Real Consejo de Indias cosa que se oponga a lo que se narra"¹.

El confesor de la reina, P. Nitard, S. J., se encargó de que este alegato chileno fuese leído por Felipe IV y el 10 de diciembre de

¹ Cit. en Vicente Sierra, "Los jesuitas germanos en Hispanoamérica", Buenos Aires, 1944, pág. 103.

1664 salía la Real Cédula que autorizaba a la Compañía de Jesús a reclutar una cuarta parte de sus misioneros en los países de habla germánica, siempre que fuesen de la casa de Austria.

La alegría que produjo esta noticia se refleja en la carta que el P. Oliva, Prepósito General de la Compañía de Jesús, dirigía a los colegios de Alemania a fines del año 1664:

“He recibido de España una feliz noticia. Va a ser celebrada con toques de trompeta: Podrán ir misioneros al Paraguay, Filipinas, México, Perú, Chile y Nueva Granada. Hace años estaba prohibida la entrada a estos países a todo quien no fuera español. Ahora recibo la noticia, por carta, que el Consejo de Indias de Su Majestad ha levantado las anteriores disposiciones, de modo que ahora pueden ir también extranjeros a las misiones de Indias, con la nueva disposición que autoriza que la cuarta parte de cada misión pueda ser de súbditos de los Reyes Católicos, así como del Emperador y algún otro príncipe de la Casa de Austria. En este permiso están también incluidos casi todos los que pertenecen a las provincias de Austria, Bohemia, a la flamenca y a la galo-belga... Me agradaría que de esta alegría participaran todos; pero solamente deberán ir aquellos que sean designados, porque en aquellas tierras es necesario que la gente sea sana y fuerte”².

Las cláusulas restrictivas que contenía la Real Cédula de 1664 fueron mitigadas diez años más tarde en una nueva disposición real, lograda por influjo de la Reina Mariana de Austria, madre de Carlos II. El contingente de extranjeros que ahora podía pasar a Indias se ampliaba de la cuarta a la tercera parte de los misioneros.

En una carta fechada en Lima, el 20 de mayo de 1675, el entonces procurador de la Viceprovincia de Chile en Lima, el siciliano P. José María Adamo, revela el eco positivo que la nueva disposición encontraba en esta parte de América, al escribir: “Recibí las cédulas que V. R. me hizo caridad de remitirme de que pueda pasar a las Indias la tercera parte de extranjeros. Lo cierto es, mi Padre Procurador General, que ha sido esta nueva de grandísimo consuelo y provecho para las Provincias y de grande alivio para los procura-

² Citado según Vicente Sierra, o. c., pág. 105.

dores que fueron a traer sujetos”³. Con todo, diversas circunstancias impidieron que estos permisos reales pudieran ser aprovechados debidamente en Chile. Algo de estos factores impeditivos deja entrever el mismo P. Adamo en su carta al observar que “en el aviso que fue en los galeones en que vino el Señor Virrey⁴ tengo escrito largo a V. R. la avería que cupo a mi Venerable Provincia, pues de nueve sujetos que se embarcaron en Panamá para Chile, dos solamente llegaron a tierra de promisión y ninguno conocido de V. R., porque los que V. R. conoció, o se murieron o se los llevó la trampa (?), y no me ha pesado, porque luego que los vi, los conocí y escribí a mi Provincial que no diera un cuartillo por los dos Sandoval y Bernardo Vallejo”. Fuera de las deficiencias humanas y de las dificultades del viaje estaba el grave inconveniente de la falta de recursos pecuniarios de las autoridades chilenas. Refería el P. Adamo en su carta, que los gastos por el traslado de cada misionero habían sido de 350 pesos, de los cuales sólo 45 había pagado el Rey. Después de enumerar estas calamidades añadía el afligido procurador: “Dios Nuestro Señor lo remedie como suele”.

Por fin, en 1683 la Viceprovincia de Chile fue desligada de la del Perú y constituida en Provincia autónoma, llegando a ser su primer provincial el P. Antonio Alemán, oriundo de Concepción. Las gestiones de este paso las había hecho en Roma el mismo P. Adamo. Fue él también que en 1686 trajo el primer contingente de jesuitas germanos a Chile, cuya presencia en el país vino a ratificar en cierto modo la nueva situación de la Compañía en Chile al haber alcanzado su autonomía. Las peripecias de este viaje de 1685 - 1686, que fue también el último del P. Adamo, las narra la carta del P. Jorge Brandt con patéticos acentos. La reproduciremos más abajo.

EL P. ANDRES FELDMANN O AGRICOLA

Antes de referirnos a los integrantes de esta primera partida misional extranjera en Chile, nos detendremos en su magno precursor, el ya mencionado P. Andrés Feldmann o Agrícola. Feldmann había

³ Archivo Nacional de Chile, Jesuitas/Adamo.

⁴ Baltasar de la Cueva y Enríquez, Conde de Castellar, Virrey del Perú de 1674 a 1678.

nacido en 1579 en el seno de una noble familia de Constanza, Alemania; en 1608 ó 1609 había ingresado al noviciado de la Compañía y en 1615 fue uno de los cuatro alemanes elegidos por el General de la Compañía, el P. Mucio Viteleschi, para pasar a Indias. Mientras los otros tres (los PP. Gaspar Ruess, que se llamó Ruiz, Ferdinand Reinmann y Michael Durst) se dirigieron al Perú, Feldmann pasó en 1616 a Buenos Aires y de allí a Mendoza. En aquella ciudad recibió su ordenación sacerdotal y se dedicó largos años a la misión de los indios huarpes. Cuando en 1625 la Viceprovincia de Chile fue desmembrada de las Provincias de Paraguay, Feldmann, que había adoptado el apellido de "Agrícola", fue adjudicado a ella, ya que Mendoza pertenecía a la jurisdicción de Chile. En su edad madura los superiores lo llamaron a este lado de los Andes, "para que gozara de mejor clima". Se desempeñó con eficacia en la misión de Buena Esperanza y otras casas de la Compañía, hasta que al final de su vida le fue confiado el cargo de Rector del Colegio San Francisco Javier en Santiago. Su apostolado se dirigió de preferencia a los más pobres y humildes: los indios, los negros de Angola, cuya lengua aprendió para atenderlos mejor, los enfermos y necesitados. Fue también en el servicio de éstos que durante la peste de 1646 contrajo la enfermedad mortal. El P. Diego de Rosales dice de él en sus "Varones ilustres de la Compañía de Jesús en Chile"⁵: "Parecía un Job paciente los días que le duró la dolencia. No era penoso a los enfermeros, sí rendido a los médicos, y tan conforme con la voluntad de Dios, que cuando le dieron la nueva de que se moría, la oyó con una boca de risa y la aceptó con la misma alegría interior sin inmutarse". El mismo P. Rosales traza del gran religioso el siguiente retrato moral: "En el cultivo de su alma fue cuidadoso, fertilizándola con variedad de virtudes. Era muy dado al trato con Nuestro Señor y devoto en el celebrar la misa, muy atento al oficio divino, rezaba las horas mayores de rodillas aún en los últimos años cuando apenas sentía fuerza para sustentarse en pie. Después de la ruina de la ciudad de Santiago con el terremoto que la asoló (1647), deseoso de mitigar los rigores de la justicia divina, se retiró a la casa de probación de los novicios, donde murió, y entre las incomo-

⁵ Citamos según la copia manuscrita existente en la Biblioteca del Colegio de San Ignacio de Santiago, pág. 118.

didades del tiempo halló su fervor acomodado lugar para unos dilatados ejercicios que le duraron por espacio de dos meses . . . De la comunicación con su Dios salía tan tratable y apacible con los hombres, que robaba los corazones, siendo buscado y consultado de personas de importancia y entre ellos el señor Obispo de Santiago ⁶, el cual en una conversación dijo que no acababa de admirar tanta humildad con tantas letras en el P. Agrícola. Muchas veces los superiores le ofrecieron cátedras de teología; de que se excusaba con grande rendimiento, gustando de las ocupaciones humildes . . . Todo lo toleraba el incansable operario, sin que le diese hastío a un hombre tan docto, capaz y entendido el continuado trato con una gente tan ignorante. Y así adquirió en la voz común de todos el nombre de confesor incansable de gente desvalida y de ejemplo raro de paciencia; la cual lo redujo a un estado de insensibilidad en las adversidades que se le ofrecieron. Nadie le oyó palabra de sentimiento contra otro; nadie le notó el menor desabrimiento; pero sí una apacibilidad constante, que hermanaba con un trato amable y religioso; cediendo siempre de su derecho y, dejando las comodidades propias, sólo buscaba las de sus hermanos”.

EL P. FRANCISCO VANDENBERGH O VARGAS

Algo más joven que el P. Agrícola, el holandés Vandenberg, que en Chile adoptó el nombre de Vargas, contribuyó a la buena fama de los misioneros extranjeros germanos. También él entró en la galería de los “Varones ilustres” del P. Rosales. Había nacido en 1598 en la ciudad de Maastricht; estudió en Lovaina y entró joven a la Compañía de Jesús. En 1628 pasó a Chile en la expedición del P. Sobrino. Durante diez años se desempeñó primero en las misiones de la Araucanía y de Chiloé. En 1640 lo encontramos en Concepción, prestando servicios al Marqués de Baidés en la pacificación de los indios. De 1645 a 1649 estuvo de superior en la ciudad de Valdivia, recién repoblada; en 1649 pasó de nuevo a Chiloé y en 1655 a Concepción. En 1657 lo vemos como Rector del noviciado en Bucalemu y en 1661 con el mismo cargo en Santiago. Al año siguiente

⁶ D. Gaspar de Villarreal, O.S.A., obispo de Santiago de Chile (1637-1651).

moría de un afección epidémica en Santiago. La mayor parte de su vida religiosa transcurrió, pues, entre las lluvias del sur de Chile. "Para cualquier cosa de trabajo", dice de él Rosales, "iba delante y él era el primero que se metía en el barro y el que cargaba cualquier cosa de peso"⁷.

Con la muerte del P. Vandenberg se cierra en 1662 el primer capítulo de los misioneros germanos en Chile, quedando así sentado un buen precedente en favor de ellos. Veinte años más tarde las gestiones del P. Adamo en Europa iban a conseguir nuevos refuerzos en los países de habla alemana.

LA EXPEDICION DEL P. JOSE MARIA ADAMO (1684 - 1686)
Y EL P. JORGE BRANDT

En septiembre de 1684 partió de Cádiz el primer contingente de jesuitas alemanes destinados a Chile, conducido por el ya conocido P. Adamo. El P. Enrique Richter, que venía en la misma expedición y se iba a destacar más tarde en las misiones del Marañón, donde iba a morir también como mártir, escribe en una carta fechada el 16 de junio de 1685 en Popayán: "En Cádiz nos consoló la presencia de tres hermanos de nuestra provincia de Bohemia destinados al Reino de Chile en las Indias Occidentales, junto con sus colegas austríacos y franceses. Con ellos nos embarcamos en Cádiz el 24 de septiembre de 1684. El 10 de octubre pasamos junto a las islas Canarias, el 13 de noviembre divisamos la isla de Martinica y el 18 de noviembre desembarcamos en Cartagena. La navegación fue afortunada y el régimen alimenticio, suficiente. En cambio, los misioneros destinados a Chile sufrieron muchas contrariedades debido a su aprovisionador, un viejo avaro y malhumorado. No contento con hacerlos sufrir hambre y toda clase de incomodidades, en vez de endulzarles tantos inconvenientes con buenas palabras, los increpaba y reprendía con rudeza de marino. Pero Dios les dio la gracia de sobrellevar con valor tan áspera privación".

Después de un mes de estadía en Cartagena, compartiendo la extrema pobreza de la residencia de la Compañía de Jesús en aque-

⁷ Rosales, ob. cit., 221 - 235. Enrich, *Historia de la Compañía de Jesús en Chile*, Barcelona, 1891, I, pág. 660 ss.

lla ciudad, se separaron los misioneros destinados a Quito de los de Chile. Escribe el mismo P. Richter: "Nos despedimos de nuestros compañeros chíllicos o chilenos y el 15 de diciembre emprendíamos nuestro largo y penoso viaje".

Que no fue menos penoso el itinerario de los "chíllicos" lo demuestra la dramática carta de uno de ellos, el P. Jorge Brandt ^{7a}, quien se dirigía a su Provincial en Bohemia, P. Bartolomé Christellium, desde la ciudad de Panamá el 1º de febrero de 1686. Reproducimos íntegramente su misiva ⁸:

"Rvdo. Padre en Cristo:

"Después que nosotros 18 destinados al Reino de Chile dejamos Cádiz el 30 de septiembre de 1684, pasamos muchos peligros en el mar, hasta que el 28 de noviembre llegamos a Cartagena en el así llamado Nuevo Reino ⁹. Llegamos con la esperanza comprensible, pero desgraciadamente errada, de reponer allí nuestras fuerzas quebradas y nuestros ánimos abatidos por el hambre, la sed, el calor, el mareo, las injurias, burlas y desatenciones. Gran decepción: apenas desembarcados en Cartagena nos enteramos de que nuestra casa en aquel puerto, tan próspera en años pretéritos, estaba ahora tan pobre que no alcanzaban sus recursos para la mantención de los Padres allí residentes ¹⁰. Nosotros extranjeros no podíamos esperar, pues, que allí nos diesen algo más que el alojamiento. Así nuestro superior en el viaje, el P. José María Adamo, se vio forzado a recurrir a nuestro ya menguado caudal de viaje para procurarnos un magro sustento en Cartagena. Este Padre, originario de Sicilia, era ecónomo y misionero de nuestra Compañía en la Provincia de Chile. Hace algunos años dicha provincia lo designó procurador en Euro-

^{7a} El P. Jorge Brandt había nacido en Wartenberg, Silesia, y entrado en 1670 a la provincia de Bohemia de la Compañía de Jesús. En 1686 llegó a Chile, muriendo poco después. Cf. más abajo la carta del P. Supecio, nota 31.

⁸ Los textos que citamos, si no se expresa otra cosa, son traducciones directas del alemán, según la edición del P. Stöcklein, *Allerhand so lehr-als geistreiche Briefe*, Augsburg 1728. Esta obra se conoce también con el nombre de "Weltbote".

⁹ Hay diferencia de una semana entre la cronología de Richter y la de Brandt, originada probablemente por el hecho de que ambos viajaban en diferentes barcos de la misma flota de Indias.

¹⁰ En la misma casa, ahora tan venida a menos, había vivido y ejercido su apostolado entre 1616 y 1654 San Pedro Claver, apóstol de los negros.

pa, con el encargo de reclutar misioneros y traerlos al Reino de Chile, que está situado en la América Suroccidental. Su provincial y varios amigos le habían aconsejado volverse no por la vía Panamá, sino por el Mar de Brasil y la vía Paraguay. Pero como el buen P. Adamo tenía el compromiso de entregar ciertos cajones a dos provincias y además el pasaje a Cartagena, le pareció menos dispendioso, hétenos por estos lados y con tan escaso dinero que, según cálculos del Padre no nos alcanza para llegar a Chile¹¹.

“Lleva el Padre también una suma considerable de dinero recolectada en Italia; pero no podemos echar mano de ella para nuestro sustento desde el momento que los donadores la han destinado a la construcción de iglesias y para otras obras piadosas. Por éstas y otras razones nos vimos muy pronto en tal necesidad que poco faltó para que nos muriésemos de hambre. Muy a pesar nuestro no pudimos ni siquiera celebrar la misa en la semana, a causa de la absoluta carencia de vino. En el refectorio —no hay para qué decirlo— nuestra bebida era agua tibia y maloliente. La comida era más para morir que para vivir. Finalmente, dos de nosotros, el P. Burger¹² y yo, nos procuramos alivio por otros lados. El P. Burger se hizo

¹¹ Adamo es la forma hispanizada de Adami. Las dos cartas del procurador siciliano de la Provincia de Chile que se conservan en el Archivo Nacional (20 de mayo y 8 de junio de 1675) lo revelan como hombre de un humor algo mordaz, diligente, preocupado por los aspectos organizatorios y económicos. Hizo gestiones para conseguir para la provincia de Chile la herencia que el jesuita chileno, P. José de Zúñiga, había recibido en España de su padre, el Marqués de Baidés.

¹² P. Jorge Ignacio Burger, nacido en 1654 en Moravia, entró a la Compañía en 1669 y fue uno de los pocos de la desgraciada expedición del P. Adamo que llegó a Chile. Fue misionero muy activo en la Araucanía y en 1700 fundó el colegio de hijos de caciques en Chillán. En el archivo del Arzobispado de Santiago se conserva un informe de él sobre las misiones en que dice:

“Seis diferentes misiones he servido en este reino y conocido la tierra antes y después que se fundaron en ella las misiones y con este conocimiento eché de ver que hay tanta diferencia de lo que hoy es la tierra a lo que solía ser, cuanto hay entre un bruto cerril y uno quebrantado. El horror que los indios tiernos y adultos solían tener a los sacerdotes era tan grande, que de lejos les huían la cara; hoy están tan domesticados que no sólo se llegan a sus misiones, sino que hay gran regocijo en viéndolos, siendo tan bien recibidos, que hoy para todas las reducciones pudieran conseguirlos y lo tuvieran por mucha dicha, porque por respeto de los misioneros se han desterrado las vejaciones que los que trajinaban la tierra solían hacer a los indios en sus ganados, mujeres e hijos”.

amigo del almirante de la flota española y así pudo compartir su generosa mesa. Yo hice algunos favores al P. Procurador de esta casa y lo acompañé diariamente en sus compras, lo que me proporcionó más de una ocasión para llenar mi estómago vacío. Los otros se vieron forzados a vender sus libros y su ropa para comprar algunos víveres; pero muy pronto se les agotó también aquel recurso. Resolvieron entonces llevar la cruz del hambre con resignación y paciencia irreductibles, hasta que Dios se dignase llamarlos a sí. En tal situación cayeron enfermos dos de nuestros misioneros austriacos: el P. Antonio Speckbacher, oriundo de Passau, con mucha fiebre, y el P. Pablo Schmidt con dolores de estómago. Ambos escaparon por esta vez con vida ¹³.

“Después de habernos ejercitado durante ocho meses en esta escuela de martirio el P. Procurador Adamo emprendió viaje rumbo a Portobelo con los 220 cajones a él confiados y repletos de toda suerte de cosas. De Portobelo pasó a Panamá, donde despachó los cajones destinados al Perú y a Chile en la flota que sale de este puerto rumbo al Callao. Después volvió a Portobelo para esperar nuestra llegada. Antes de separarse de nosotros en Cartagena nombró superior nuestro al P. Felipe Zúñiga, español, y encargó nuestra atención en lo material a un hermano coadjutor, igualmente español. Este hermano, por la estrechez cada vez más apremiante en que estábamos, nos privó aún más de alimentos, de suerte que nuestros cuerpos, como las vacas flacas del Faraón, ya no eran más que hueso y piel.

“Nos preocupaba en el entretanto la continuación de nuestro viaje a Chile. Tanto en el Mar de México como en el del Sur ¹⁴, pululaban los piratas. Poco nos importaban ya nuestras vidas medio muertas; pero cediendo al consejo de varones prudentes intentábamos tomar el camino por tierra, pasando por Santa Fe, Quito y Lima. Pero nuestro procurador, el susodicho P. Adamo, sin cuyo permiso escrito no podíamos emprender nada, rechazó nuestra idea y por cau-

¹³ Del P. Antonio Speckbacher daremos noticias más adelante, al reproducir su carta. El P. Schmidt había nacido en Viena en 1655 y entrado a la Compañía en 1671. Fue profesor de retórica y filosofía en Viena. Iba a morir en 1685 en Portobelo, viaje a Chile.

¹⁴ El Caribe y el Océano Pacífico, respectivamente.

sas que sólo él sabía nos llamó a Portobelo, desde donde íbamos a partir por mar a Chile.

“Después que los misioneros —con excepción del P. Speckbacher, siempre doliente— se hubieron restablecido un tanto de sus enfermedades, nos hicimos a la mar desde Cartagena el 23 de julio de 1685. Por impericia de nuestro piloto anduvimos cinco días a la deriva. Se quisieron evitar ciertas rocas en las que el año anterior habían encallado tres grandes barcos, desastre del que sólo tres hombres escaparon con vida. Estos pobres estuvieron dos días flotando en el mar, asidos del palo de un mástil. Finalmente un barco español los divisó y los izó a bordo. Los náufragos estaban tan aterrados que no acertaban a decir palabra y sólo el ron les soltó la lengua. Conversé en Cartagena con uno de estos tres, quien me refirió que sin duda habrían muerto de hambre y cansancio cuando estaban asidos al palo en medio del mar, si no se les hubiera acercado volando un pájaro, a quien agarraron con sus cansadas manos. Chupándole la sangre se sostuvieron un día más en el agua, hasta que llegó el momento del rescate.

“Casi habríamos corrido una suerte similar cuando a la entrada de Portobelo nuestro barco comenzó a anegarse. Gracias al afán de nuestros marineros, que expulsaron el líquido y taparon los agujeros, evitamos lo peor.

“En Portobelo nos hospedamos en el colegio de nuestra Compañía. También éste se hallaba tan desprovisto de todo que sufrimos tanto o más que en Cartagena. En una palabra: adonde llegábamos el hambre y la sed nos habían tomado la delantera y cortado nuestro camino. Agréguese a esto el clima malsano de Portobelo. Hay allí una pesadez y hediondez del aire que acorta rápidamente la vida del extranjero. En el plazo de cuatro meses ya habían muerto 1.600 personas de las que habían venido con nosotros en la flota. Otros se enfermaron de tal manera que hubo que mandarlos de vuelta a Cartagena. Dicen, sin embargo, los médicos, que tanta mortandad no se debe tanto al aire pestilencial como a la falta de alimentación adecuada.

“En Portobelo el P. Pablo Schmidt, de la provincia austríaca, murió de fiebre y cansancio, después que los médicos españoles le hicieron 17 sangrías. Era el primero, pero no el último que se iba

de nosotros. Lo siguieron camino a la eternidad: el P. Felipe Zúñiga, español; el P. Lamberto Weidinger, austriaco¹⁵ y, ante todo, nuestro procurador provincial y superior, el P. José María Adamo¹⁶. El P. Weidinger falleció en el lugar llamado Cruces, entre Portobelo y Panamá. En cambio, el P. Domingo Mariani, siciliano, y el hermano Esteban, español, han reconvalecido después de una enfermedad de cinco meses e innumerables sangrías. El P. Antonio Speckbacher falleció a causa de un mal del hígado o del estómago. Fue enterrado junto con el P. Weidinger en nuestra iglesia de Panamá. Los demás descansan en la iglesia parroquial de Portobelo, en espera de la Resurrección. Quiera Dios misericordioso recibir pronto sus almas en la tierra de los que viven y sentarlos a la mesa de su reino, después de haber sufrido hambre y sed en esta tierra. En total han muerto cinco de los nuestros: 3 austriacos, un siciliano y un español. Quedamos trece con vida, pero no con salud. Estos eran: los PP. Andrés Suppetius, Jorge Burger y yo, de la provincia de Bohemia; los PP. Bartolomé Lobbeth y Jorge Gussenliter, de la provincia austriaca; el P. Enrique Limputten y un hermano novicio, de Flandes; el P. Nicolás Theodatus, de Nápoles, el P. Andrés Alciati, de Milán y cuatro hermanos de las provincias aragonesa y veneciana. Temo que los menos de éstos llegarán a ver con sus ojos el Reino de Chile. ¡Y allá cuánta falta hacen los sacerdotes y cuántas misiones abandonadas hay! Por ello el P. provincial deseaba que nuestra ida a Chile se apresurase lo más posible¹⁷.

¹⁵ Del P. Lamberto Weidinger sólo sabemos que era de la provincia austriaca y que murió en el camino a Chile.

¹⁶ Se cumplió así en el mismo procurador la suerte de muchos otros "que no llegaron a tierra de promisión", como había observado él mismo en su carta de mayo de 1675.

¹⁷ De estos 13 sobrevivientes, cuatro se destacaron especialmente en Chile: los PP. Suppetius (Supecio), Lobbeth, Burger y Alciati. Del P. Burger dimos noticia en la nota 12; de los PP. Supecio y Lobbeth hablaremos cuando reproduzcamos sus cartas desde Chile. El P. Andrés Alciati, en Chile, Alciati, era oriundo de Milán. Fue secretario de la segunda Congregación Provincial de la Compañía en Chile, realizada el año 1700. En 1701 consiguió en el terreno llamado de la Ollería una casa de ejercicios, donada por el capitán Miguel de los Ríos. El mismo P. Alciati dio aquí las primeras tandas de ejercicios y las continuó durante varios años.

Los PP. Gussenliter y Limputten fallecieron más tarde en el viaje. Nada sabemos del P. Theodato, oriundo de Nápoles.

“En el trayecto de Portobelo a Panamá enfermaron seis de los nuestros. El P. Suppetius, que ya estaba inconsciente, resucitó admirablemente, después de haber hecho voto a la Virgen de ayunar todos los sábados. Por fin descubrimos que nuestra indisposición provenía de la carne de vaca avejentada que comíamos diariamente. Renunciamos a ese plato y nos sentimos mejor. De este modo también se recuperó el P. Limputten, que ya estaba en agonía. Dimos muy sentidas gracias a Dios por haberse apiadado de este Padre, tan bueno y tan solícito para con los enfermos.

“El Mar del Sur, cuya travesía estamos por emprender, no dejará de exigirnos su tributo habitual de enfermedades y muertes. El P. Rector de nuestro colegio de Panamá nos refirió la suerte de dos numerosas partidas de misioneros deshechas casi íntegramente por los naufragios y las enfermedades. No es imposible que no nos suceda algo similar. Para que S. Rev. no crea que exagero le describiré algunas pocas circunstancias de nuestra navegación por el Mar del Norte¹⁸. Mencionaré en primer lugar la gran estrechez, que nos obligaba a dormir apiñados como animales. Esto favorecía los contagios y la propagación de toda clase de enfermedades. Añádanse a esto la fetidez del aire en nuestros alojamientos y la plaga de ratones, pericotes, moscas, escorpiones, pulgas y otras alimañas. Grande era la desesperación de los pocos sanos cuyas fuerzas no alcanzaban para atender a tantos enfermos. Venía después un calor que cortaba el aliento, humillaciones sin fin. Un oficial español me hizo cierta vez delante de todos la siguiente pregunta: “Padre, decidme abiertamente, ¿qué delito habéis cometido en vuestra provincia que os destierran a Indias? . . .”.

“En cambio, no puedo encomiar suficientemente cómo nos honraron en Cartagena el obispo, los prelados y los nobles españoles¹⁹. No quiero repetir sus alabanzas y buenas palabras, pues no hemos salido para cosechar aplausos en este mundo, sino para que, según el ejemplo de Cristo, sus apóstoles y nuestros fundadores, anuncie-

¹⁸ O sea, el Atlántico.

¹⁹ En 1685 ocupaba la sede episcopal de Cartagena, Miguel Antonio Benavides y Piédrola, en cuyo gobierno tuvieron lugar turbulentas luchas a causa de los franciscanos y la infortunada intervención del obispo de Santa Marta, Diego de Baños Sotomayor. Brandt no hace referencia a estos sucesos.

mos el evangelio y llevemos la luz a los que están en las tinieblas y las sombras de la muerte. En Cartagena convertimos a tres herejes a la fe verdadera. En Portobelo nos dedicamos con ahinco a la prédica, a la enseñanza de la doctrina y a las confesiones.

“Por lo demás deseo que, a pesar de las tribulaciones que hemos pasado, pasamos y habremos de pasar, nadie se espante de venir a estas misiones de las Indias. No a todos les fue tan mal como a nosotros (...). La provincia de Chile aprenderá de esta experiencia, que tantas vidas y tanto dinero le cuesta, que más vale traer a su gente por Buenos Aires, que no por el matadero de Panamá.

“Paso ahora a referir a S. Rev. algo del archipirata Lorencillo²⁰, que después de haber servido al Rey de España, se tornó en enemigo suyo, sólo por no haber obtenido su paga. Este hombre insolente ha llegado a ser tan poderoso que por poco se convierte en el dueño absoluto del Mar de México y del Mar del Sur. Su primera fechoría fue la captura de un barco frente al puerto de Cádiz. Con esta embarcación se dirigió a las Canarias, donde tomó otro barco. Con estos dos se apoderó de dos galeones a la vista de Cartagena. En poco tiempo tuvo reunida una armada de ocho naves. Juntáronse piratas ingleses y franceses y comenzaron a hacer de las suyas. Hace tres años asaltó la ciudad de Veracruz, exterminando a quien se le resistía. Se dice que el botín fue de 3.000.000 de táleros²¹. Siguiéron los asaltos a Campeche y otros puertos, que despojaron enteramente; pero cuando quiso asaltar Campeche por segunda vez los españoles tendieron una celada fatal a 300 de los filibusteros. El tal Lorencillo mantiene, como he dicho, estrecho contacto con los ingleses y franceses que asolan las costas del Mar del Sur y ocasio-

²⁰ Lorencillo, cuyo verdadero nombre era Lorenzo Jácome, era natural de Maracaibo. Descontento con el régimen español se pasó a las islas francesas y desde allí inició sus depredaciones.

²¹ El saqueo de Veracruz, entre el 18 y el 23 de mayo de 1683, es uno de los episodios más bárbaros de la Edad Moderna. Fue llevado a cabo por los piratas Nicolás Grammont, Lorencillo y Ramón. El botín fue enorme, pues por hallarse en aquellos días la ciudad llena de mercaderes que esperaban la llegada de la flota española, estaban acumulados en el puerto gran cantidad de bienes. La indefensa población fue vejada y maltratada y hubo numerosas víctimas, sobre todo entre las mujeres y los niños. El luctuoso episodio tuvo como consecuencia la construcción de las fortificaciones de Veracruz, que subsisten hasta hoy.

nan cuantiosos daños a los españoles. Durante seis meses bloquearon el puerto de Panamá y trataron de interceptar la flota que trae el oro y la plata del Perú. Como les faltasen hombres para tales empresas pidieron 600 sujetos a Lorencillo y a los de Jamaica. Estos facinerosos se trasladaron en tres barcos al istmo, desembarcaron a la vista de los españoles cerca de Portobelo y se encaminaron a la costa del Mar del Sur, después de quemar sus naves. Llegados a su destino construyeron de nuevo algunos bergantines y se juntaron con los piratas ingleses. Los indios del río Darién también se aliaron con ellos, de modo que llegaron a formar un ejército de 2.000 hombres. Pero esta tropa disminuyó de nuevo cuando los indios se sintieron ofendidos por lo ingleses y no sólo se apartaron de ellos, sino que ofrecieron sus servicios al gobernador español de Panamá. Este aceptó gustosamente la oferta y poco después los mismos indios atraparon en una emboscada a 200 ingleses que Lorencillo había desembarcado. De ellos sólo dos quedaron con vida y fueron conducidos prisioneros a Panamá. Así los españoles se sintieron más desembarazados.

“Mientras tanto ha llegado la flota española procedente de Lima con el tesoro del Rey, después de romper el bloqueo de Panamá por parte de los piratas. Dicen que el oro, la plata y las piedras preciosas traídas en la flota se avalúan en 28.000.000 de táleros (...).

“Después de haber hablado de guerras, calamidades y piratas, echemos una mirada a esta tierra y sus habitantes. Cuando bajamos el río Chagres, que es de corriente muy rápida, divisamos una canoa sin tripulación, erizada de flechas. Detrás de ella venían tres indios que se sujetaban a un tronco. Nos acercamos para ayudarles, creyéndolos ya próximos a ahogarse; pero ellos se burlaron de nuestra solicitud y gritando y gesticulando, continuaron su viaje, río abajo (...).

“He visto con extrañeza en cierto villorrio que niños bastante crecidos aún mamaban de los pechos de sus madres. Sus cuerpecitos, enteramente desnudos, estaban pintados de azul. Se arrodillaban a nuestro paso y pedían la bendición. En la iglesita de paredes de bambú vi dos altares, uno dedicado a la Virgen de Dolores, el otro a San Francisco Javier, patrono de los indios. Allí recé algunos instantes. Visité las casas de los indios y me admiré del gran tamaño

de sus flechas. Son del largo de un hombre y sus puntas de hierro están untadas con veneno. Sus arcos son rectos como estacas. Su puntería es excelente y ya el primer flechazo suele ser mortal. También los muchachos son eximios tiradores de flecha y se ejercitan apuntando a los pájaros. Son muy hospitalarios, nos salen al encuentro para ofrecernos sus casas y nos acompañan hasta que nos volvemos a embarcar.

“Diferente es el caso de los indios del río Darién, temibles guerreros que los españoles con todo su poder no han podido subyugar aún. Por ello han buscado atraerlos por medio de alianzas y ofrecimientos de matrimonio. Los hombres, considerados desde entonces como guerreros del rey, recibieron una paga anual consistente en ropa, cuchillos, estiletos y otros objetos metálicos. Pero cuando los españoles por avaricia suspendieron aquellos sueldos y abandonaron a las indias que habían fingido considerar como esposas, junto con las criaturas que habían engendrado en ellas, los indios se rebelaron y mataron a muchos españoles. También retuvieron el tributo anual de 100.000 pesos oro, que solían entregar en Panamá. Los europeos han cometido las mayores execraciones en su afán de robar y engañar. Cierta hidalgo, que había fingido casarse con la hija de un cacique muy rico y poderoso, robó a su suegro 300.000 pesos, desamparó a su mujer y se escapó con el dinero. Tales desmanes no honran por cierto el nombre de cristianos y si los indios observan esos vicios y por otro lado superan a los cristianos en la justicia, siguiendo la sola luz de la naturaleza, no es de extrañar que prefieran permanecer en su paganismo antes que entrar en sociedad con gente tan ruin. Los que así impiden a los gentiles recibir la luz del Evangelio, tendrán que rendir cuenta muy rigurosa a Dios.

“Ya habríamos partido de Portobelo si una nueva desgracia no hubiera impedido la salida de nuestra nave. Sucedió que por un descuido cayó una chispa en el polvorín de la nave capitana, la que hizo explosión y con sus 350 hombres de tripulación saltó por los aires. Los que escaparon del fuego perecieron en las aguas. El almirante habría perecido igualmente, si no hubiera sido que ciertos asuntos lo hubieran retenido más tiempo en tierra. Ahora el mar está tan agitado que debemos esperar algunos días más en el puerto antes de zarpar.

“Al despedirme pido a S. Rev. y a todos los Padres de la provincia (de Bohemia) no olvidarme en sus misas y oraciones. Soy su servidor en Cristo,

Jorge Brandt”.

La dramática narración del P. Brandt se detiene en una especie de puntos suspensivos. Nada sabemos del resto de su viaje ni de sus primeras impresiones del Perú y de Chile. Su compañero de viaje, el P. Supecio, refiere que Brandt falleció poco después de su llegada a Chile, agotado sin duda por las privaciones de aquel largo viaje.

EL P. ANTONIO SPECKBACHER (1685)

Al igual que Brandt, Speckbacher es un símbolo de aquel esfuerzo humano que se gastó en pro de las misiones de América, sin un fruto proporcionado. Había nacido en 1652 en la ciudad de Passau, Alemania y entrado a la provincia austríaca de la Compañía de Jesús en 1668. Tenía poco más de 30 años cuando se presentó para ir a las misiones de Chile. Su salud se resintió gravemente por el hambre y el clima caluroso de Cartagena. Enfermo llegó a Portobelo, donde el 5 de agosto de 1685, escribió la carta que reproducimos. Poco después, estando ya en la ciudad de Panamá para embarcarse rumbo al Callao y a Chile, falleció “de un mal del hígado o del estómago”, según Brandt. Fue enterrado en la iglesia de los jesuitas de Panamá. La carta que reproducimos se encuentra también en Stöcklein y va dirigida al P. Wolfgang Reusner, en Austria. Es del tenor siguiente:

“Venerable Padre en Cristo:

“Con la presente es la segunda vez que envío a S. Rev. un saludo desde las Indias. Espero que mi primera carta, enviada con la flota de México, haya llegado mientras tanto a su destino.

“Por poco entregué mi espíritu a causa de una fiebre de tres días que en estas regiones ecuatoriales es mortal. Quizás la dificultad de su curación provenga no tanto de la fiebre misma, como del curioso método con que la combaten los médicos españoles: al po-

bre enfermo no hacen más que aplicarle sangrías. A mí me han abierto las venas nada menos que ocho veces, con lo que he quedado tan agotado que a seis semanas de mi restablecimiento aún no consigo mantenerme erguido sobre mis piernas.

“Estuvimos cerca de ocho meses en Cartagena y el 24 de julio llegamos por fin a Portobelo con la flota. Desde aquí saldremos en breve a Panamá, que es el primer puerto español del Mar del Sur. En Panamá nos embarcaremos en la flota del Perú con destino al Callao. Sólo Dios sabe cuándo será todo eso. Esta odiosa demora nos la ocasionan los piratas ingleses y franceses, que con sus catorce naves corsarias han infundido gran miedo a los del Perú (. . .). El Virrey²² ha enviado una parte de la flota y del tesoro real desde el Callao a este puerto, y ha llegado bien, después de burlarse del enemigo. Dentro de poco se espera la otra parte de la flota y del cargamento de oro. España entera vendría a menos de no alcanzar estos barcos su destino.

“El testimonio de sangre que dieron tres de nuestros Padres en el país de los llanos, en octubre del año 1684, está fuera de toda duda²³. Les infligieron la muerte por odio a la fe, como se desprende del hecho de que los bárbaros, después de matar a los misioneros, no sólo saquearon la iglesia, sino que también bailaron vestidos con los ornamentos sagrados y se emborracharon bebiendo de los cálices de la misa. A estos indios los llaman “caribes” y comen carne humana y todo su alimento sin cocerlo ni asarlo. Viven en las montañas y son tan inaccesibles que hasta ahora nadie ha logrado reducirlos. Apenas ven gente española armada acuden en masa y lanzan una lluvia de flechas envenenadas, de tal modo que los españoles se ven forzados o a huir o a morir como San Sebastián. El color de su piel es cobrizo; el de sus pelos, negro. Sobre la cabeza llevan una corona de plumas y alrededor del cuello un collar de conchas; por lo demás andan desnudos. Capturan y engordan a seres humanos como bueyes, hasta que se aproxima una de sus solemnes comilonas. Entonces matan a sus prisioneros más cebados y los

²² D. Melchor de Navarra y Rocafull, Duque de la Palata (1681 - 1689).

²³ Se refiere a los mártires del Orinoco: los PP. Ignacio Fiol, Gaspar Beck e Ignacio Theobast, muertos el 7 de octubre de 1684.

devoran con fruición. Especial interés tienen por los cráneos humanos, que usan en sus banquetes para beber en ellos.

“La región de Portobelo es hermosa, pero carece de cultivos; hay bosques muy tupidos. Hasta las montañas están cubiertas de limoneros y naranjos que crecen solos. Hay gran cantidad de tigres, serpientes y cocodrilos, llamados caímanes. Este animal se arrastra con rapidez y traga todo lo que se le atraviesa en el camino. No se produce el trigo, que debe ser traído desde Lima —es decir, desde 700 millas de distancia— y se paga por él un precio muy alto. En general todas las cosas son caras aquí. Una gallina cuesta 2 táleros. Para mencionar otra curiosidad: en la isla de las Perlas, cerca de Cartagena, tienen la absurda costumbre de que cuando una india da a luz, en vez de estar ella en cama lo está el marido, quien también recibe las felicitaciones por el recién nacido, mientras la mujer sigue ocupándose de los quehaceres habituales de la casa.

“He visto peces alados, que revolotean sobre la superficie del mar como si fueran gorriones. Otro pez muy grande dicen que tiene el corazón en la cabeza. También hay en el Mar del Sur peces gigantes del tamaño de un galeón²⁴.

“He escrito a S. Rev. tantas cartas sin haber recibido contestación, a pesar de que en el tiempo en que estábamos en Cartagena llegaron seis naves de Europa. Los demás Padres austriacos han recibido cartas, pero yo, ni una sola. Esta carta se la envió con un barco de Hamburgo, cuyo capitán, alemán de nación, goza de gran aprecio entre los españoles y ha sido muy amable con nosotros, jesuitas germanos.

“Casi se me olvidaba decirle que el clima de este país es tan saludable a los que se han criado en él, que una vez traspasado el umbral de los 30 años, muchos de ellos viven hasta los 100 y más. El pasado mes de mayo murió en Cartagena un negro que había logrado celebrar su 140 cumpleaños. No se conocen por estos lados ni la podagra, ni la chiragra, ni el mal de piedra. Atribuyo esto a la templanza, pues los indígenas se abstienen de vino y carne y se alimentan ante todo de yerbas. Por el contrario, los extranjeros mue-

²⁴ Se refiere a las ballenas.

ren aquí más fácilmente que en otras partes. De los 12.000 hombres que salimos de Cádiz sobreviven hasta ahora unos 10.000.

“Encomendándome a las oraciones de S. Rev. soy su servidor en Cristo,

Antonio Speckbacher,
misionero de la Compañía de Jesús”.

EL P. BARTOLOME LOBETH (1688).

Más afortunado que sus otros dos compañeros de la expedición del P. Adamo, Lobeth no sólo logró llegar a Chile, sino también desempeñar en este país un fructífero apostolado. En nuestra lista, su carta es la primera escrita en el mismo Chile. Lobeth había nacido en Nimega de Holanda y entró en 1667 al noviciado que la Compañía tenía en Viena. Desempeñó en aquella ciudad el profesorado en hebreo y retórica hasta que pidió ser incluido en la lista de los misioneros destinados a Chile. Participó en todos los infortunios de la primera expedición de misioneros germanos, llegando a Santiago en 1686. Enseñó algunos años en el colegio de Concepción y en el de Mendoza, donde falleció en mayo de 1709, a la edad de 63 años. Su escueta carta, escrita en Concepción el 12 de diciembre de 1688, a dos años de su llegada al país, está dirigida al provincial de Austria, el P. Ketteler:

“Venerable Padre en Cristo:

“En esta ciudad de Concepción, del Reino de Chile, las escuelas superiores se hacen estrechas para la cantidad de alumnos que afluyen a ellas. Las escuelas de primeras letras, en cambio, no se estiman tanto. Los estudiantes pasan inmediatamente de la Gramática, es decir, del arte de la lengua latina, a la Lógica. Esto significa que pasan del segundo o tercer curso directamente al séptimo. Los temas se dictan en latín, pero se explican en castellano. De los jóvenes que estudian en nuestros colegios no pocos son admitidos en el noviciado. En nuestra provincia, que consta de 120 personas, somos sólo 24 los europeos; los demás son descendientes de españoles nacidos en este país.

“La ciudad de Concepción está situada bajo el grado 38 de latitud Sur y a 300 grados de longitud Oeste. En los meses de junio

y julio sufrimos mucho frío, porque en este país no se conocen las estufas ni ninguna clase de calefacción. El piso de nuestra casa es de tierra, sin tablas y las paredes son delgadísimas. Como tampoco hay vidrios en las ventanas, estamos expuestos a todos los vientos y fríos.

“Hay en este Reino de Chile dos obispos. Uno reside en esta ciudad de Concepción²⁵; el otro, en Santiago. En América hay más obispos que en Alemania, pero arzobispos hay sólo dos: el de México y el de Lima. En el Reino de Chile abundan el vino, el pan y la carne. Un buey o una vaca, bien cebados, no cuestan más que 1 peso; un caballo, 6 pesos; una mula, 2; un cerdo o un ternero, 1 peso.

“En cambio, el paño y el lino son carísimos, porque se traen de España. Una vara de paño cuesta 8 a 10 pesos. El país produce oro y frutas en abundancia. En los alrededores de Santiago se da muy bien el trigo. Muchas veces sucede que los campesinos al arar encuentran oro. Faltan hombres que trabajen las minas. Las minas de Chile producen anualmente más de 400.000 pesos, de los cuales la quinta parte es del Rey de España, como monarca que es de esta tierra. Esta explotación es muy reducida en comparación con la del Perú, donde alrededor de 10.000 mineros extraen metal fino por valor de varios millones de pesos. No envidiamos esos millones, sabiendo que si somos fieles a nuestra vocación, nos retribuirá con mejores tesoros Aquel a quien servimos de todo corazón.

“Se encomienda a su recuerdo fraternal su servidor en Cristo,

Bartolomé Lobeth, S. J.

EL P. ANDRES SUPECIO (1701).

La siguiente carta es del P. Andrés Supecio, igualmente miembro de la expedición del P. Adamo. Andrés Supett, Supettius o Supecio había nacido en 1650 en Ratibor, Silesia. En 1670 entró a la provincia de Bohemia de la Compañía de Jesús y 16 años más tarde pasó a Chile. De 1688 a 1692 lo vemos como Rector del colegio de la

²⁵ En 1688 Luis de Lemos, O.S.A., era el noveno obispo de Concepción (1686 - 1694). Nunca salió de España. No hubo obispo en Concepción de 1677 a 1695.

Compañía en Chiloé; 11 años en total pasó en las misiones de la Araucanía y de Chiloé. En 1701 está de Rector del colegio de la Compañía en Santiago, más tarde de maestro de novicios y de visitador. Murió el 6 de noviembre de 1712 en la ciudad de Valdivia.

Su carta, escrita el 15 de diciembre de 1701 en Santiago, va dirigida al provincial de Bohemia y en ella expresa su plan en orden a incrementar la contribución germana a las misiones de Chile. Junto con el obispo de Santiago, don Francisco de la Puebla (1698-1704), Supecio fue el que más insistió ante las autoridades para que se permitiera el viaje de misioneros alemanes, austríacos, bohemios y flamencos. La guerra de Sucesión en España (1700-1707), obstaculizó estos deseos. El acceso al trono de España de Felipe V produjo cierta desconfianza en los círculos gubernamentales hacia los misioneros germanos, a quienes se suponía partidarios del archiduque Carlos, contrincante del Borbón. Es precisamente en esta época en que aparecen viajeros franceses en Indias y aumenta el contingente de misioneros franceses. Con todo, muy pronto se desvaneció esta dificultad al liberalizarse la actitud del nuevo rey. También esta vez la apertura hacia los germanos se debió a la influencia del confesor del monarca; en este caso el santo en la corte fue el P. Dubenton, S. J. Sin embargo, el P. Supecio no alcanzó a ver realizado su deseo en toda su amplitud, ya que falleció en 1712, pocos meses antes de que llegaran al país nuevos misioneros alemanes y flamencos, que habían sido pedidos por la tercera Congregación Provincial del año 1708.

He aquí su misiva:

“Rvdo. Padre en Cristo:

“Aunque en realidad no conozco al que escribo, con todo, la cosa que escribo y el sobreescrito no me dejan dudar de que escribo al R. P. Provincial en Bohemia, esto es, escribo a un hombre que quizás antes fue mi maestro en la escuela de la ciencia y de la virtud, o por lo menos era miembro de mi amada provincia cuando yo estaba allí, y ahora es su superior. Aprovecho la ocasión que me ofrece el viaje a Roma de dos procuradores elegidos por nosotros en la última congregación provincial de Chile, para enviarle esta carta²⁶.

²⁶ Se refiere a la 2.ª Congregación Provincial, de agosto de 1700 (la primera había sido la de 1694), presidida por el provincial P. José de Zúñiga

Los dos procuradores son el P. Ignacio Alemán, nacido en Chile, y su sustituto, el P. Domingo Marini, siciliano de nacimiento²⁷. Su misión y encargo principal consiste en traer de Europa cuantos ayudantes espirituales puedan conseguir en nuestra Orden. Por ello y como miembro de esta provincia de Chile —habiéndolo sido antes de la de Bohemia— ruego a S. Rev. nos envíe cuantos reclutas espirituales pueda de la provincia de Bohemia, tan abundante en vocaciones.

“Nuestra provincia de Chile se compone actualmente de 150 personas, entre las cuales hay españoles, franceses, alemanes, holandeses, austríacos, bohemios, sardos, sicilianos, napolitanos, milaneses, portugueses; en una palabra, hay representantes de todas nuestras provincias europeas, con excepción de la polaca y la lituana.

“Formamos una comunidad apostólica íntimamente unida por los lazos del amor cristiano; pero nuestras fuerzas no son suficientes para cumplir la importante obra que tenemos ante nosotros. Nos vence la extensión del territorio que debemos misionar y que se extiende hasta más allá del estrecho de Magallanes.

“Indudablemente sería de desear que completáramos nuestro reducido número con juventud nativa, como lo hacen las provincias europeas. Pero la juventud de este país, o pasa a engrosar las filas de la milicia española, siempre en guerra con los indios para fortalecer y ampliar la obediencia a Su Majestad Católica en estas tierras, o ingresa en el comercio para alcanzar riquezas y honores. De

(1645 - 1727) y actuando de secretario el P. Andrés Alciato. Al procurador P. Ignacio Alemán se le encomendaron 20 postulados, a los que respondió el General de la Compañía en 1707.

²⁷ El P. Ignacio Alemán era hermano del primer provincial de la Compañía de Jesús en Chile, P. Antonio Alemán. Por el lado materno pertenecían a la ilustre familia penquista de los Pozo y Silva y ambos habían nacido en Concepción. En 1688 el P. Ignacio Alemán participó en el sínodo diocesano de Santiago como examinador de la lengua araucana. En 1700 fue nombrado procurador de su provincia en Roma y procurador general de Indias en Madrid. En 1710 se encontraba todavía en España.

El P. Domingo Marini, Mariani o Marín, siciliano, vino a Chile en la expedición de su compatriota el P. Adamo, el año 1686. Enviado como procurador a España en 1701, su barco fue apresado por los ingleses al llegar a Cádiz, perdiendo todo lo que llevaba. Estuvo en Europa alrededor de 10 años, tres de ellos juntando misioneros, con los que volvió a Chile en 1711. En 1718 era provincial de Chile.

esto se sigue que la casa de probación que yo he sido llamado a conducir, después de haberme afanado más de once años en las misiones, se encuentra casi vacía de juventud espiritual y la que está no basta para cumplir nuestras tareas apostólicas. Con todo, me hallo en condición más afortunada que mi antecesor, pues tengo catorce alumnos y diez novicios, cantidad y número que antes no se habían alcanzado aquí. Los novicios en parte son españoles²⁸, en parte peruanos o americanos de otras naciones. Al verme como maestro de novicios Su Rev. pensará quizás en que han puesto un lobo como pastor de ovejas. . .

“Ruego, pues, a S. Rev. encarecidamente que apoye a los mencionados PP. procuradores en sus justas pretensiones y les conceda gente joven de la provincia, que sea probada en la virtud, invencible en la paciencia, fuerte en su trabajo, agradable en el trato con las demás personas y seria en sus costumbres. Careciendo de estas virtudes un misionero sólo fracasará en medio de las ocasiones y los peligros que lo acechan en la soledad y desamparo en que se verá obligado a vivir en las misiones; disminuirá en perfección espiritual en vez de crecer en ella; dará escándalo en vez de edificar; será un inútil en la viña del Señor y como tal se convertirá en baldón de toda la provincia. Los españoles suelen observar con cejas enarcadas y lentes de aumento a todo extranjero, por lo que conviene tener gran precaución.

“Plugiera a Dios que Bohemia estuviera más cerca de nosotros. Con qué gusto aceptaría en el noviciado esa cantidad de jóvenes que en Bohemia suelen presentarse a las casas religiosas y no pueden ser aceptados por falta de vacantes. . . Por cierto que vivirían con gusto en Chile. Aquí las cuatro estaciones del año son justamente contrarias de las de Europa, de modo que cuando en Bohemia están paralizados de frío aquí nos ahogamos en calor estival. En cambio, cuando en Bohemia gozan del verano aquí estamos en invierno, aunque un invierno no muy riguroso. Pocas veces cae nieve. En junio y julio, que son nuestros meses de invierno, llueve bastante y en mayo y agosto hay escarcha. Los meses restantes son agradabilísimos, sin temperaturas excesivas. La cordillera produce un rocío húmedo,

²⁸ Se refiere a los criollos, hijos de españoles nacidos en Chile.

templado por los vientos del océano, que es una bendición para el país, rico por ello en abundoso pasto, en animales, flores y verduras. En el otoño rebosamos de trigo, vino, aceite y frutas de todas clases. Esta fertilidad no es sólo propia de la capital de Santiago, sino que la comparte casi el país entero desde La Serena a Valdivia, en una longitud de 300 leguas.

“Diferente es el caso de Chiloé e islas adyacentes: duro es su suelo; impenetrables sus bosques; inaccesibles sus acantiladas costas; tormentosas sus bahías y ensenadas; escasos sus campos cultivables. Vientos, tormentas y lluvias torrenciales rigen la isla sin clemencia. Chiloé no conoce el vino, ni el aceite; poco es el trigo que produce, reducidos sus ganados, inexistentes sus frutas. Su bendición, en cambio, son los pescados, los choros, las ostras y la abundancia de toda especie de mariscos.

“Puedo asegurar a todos los de Bohemia que quisieran venir acá que los Padres nativos de esta provincia de Chile y descendientes de españoles, honran y aprecian a los venidos de Bohemia o de los Países Bajos, más que a los otros extranjeros, incluso más que a los españoles europeos, lo que en esta gente es notable. En esta provincia de Chile hay muchas posibilidades de dedicarse al trabajo apostólico con los indios. Hasta ahora no tenemos más que catorce misiones; la última fue fundada hace poco por uno de nuestros Padres, que es oriundo de Luxemburgo y perteneció a la provincia franco-belga²⁹. En cuanto lleguen más obreros apostólicos de Europa se podrá pensar en fundar nuevas misiones y no quedará nadie desocupado.

“No fueron pocas mi sorpresa y mi decepción cuando nuestro anterior procurador provincial, el P. Miguel de Viñas³⁰, al volver

²⁹ Se refiere al P. Nicolás Kleffert, nacido en 1661 en Luxemburgo; ingresó a la Compañía en 1678 y vino a Chile en 1699 en la expedición del procurador P. Miguel de Viñas, junto con los PP. Felipe Vandermeer (De la Laguna) y Matías Merlebeck. Fundó la misión de Culé, cerca de Concepción en 1701. En 1714 era Rector del colegio de S. Pablo en Santiago. Su muerte debe haber ocurrido antes del año 1737.

³⁰ El P. Miguel de Viñas nació en 1644 en Cataluña y llegó a Chile en 1680. Se destacó en la enseñanza de la filosofía y la teología en el colegio de Santiago y dejó escritos varios libros de filosofía y de sermones. Elegido como procurador por la primera congregación provincial de 1694, fue a Europa en busca de misioneros. Volvió a Chile en febrero de 1699 con 24 misioneros españoles y 10 extranjeros (3 neerlandeses, 5 italianos, 2 sardos). Entre los italianos es-

hace tres años de Roma, no trajo consigo ningún misionero, ni de nuestra provincia, ni de ninguna de las alemanas. En cambio, vinieron con él tres neerlandeses, cinco italianos, dos sardos y varios españoles. Nos explicó que al partir el barco tan de improviso de Cádiz no había podido llevar consigo sino los misioneros que más a mano estaban. Mi dolor sería muy grande si esta vez tampoco se lograra ganar para Chile a ningún misionero de mi patria.

“Uno de mis compañeros de viaje desde Bohemia, el P. Jorge Brandt³¹, ha muerto hace tiempo. El otro, el P. Jorge Burger³², es a la vez misionero, operario y famoso predicador. En el colegio de Buena Esperanza vence en elocuencia incluso a los españoles, lo que es mucho decir. A menudo sale a los campos a misionar, a visitar a los enfermos y a obrar mucho bien en todas partes.

“Ruego a S. Rev. humildemente que me envíe los siguientes libros por intermedio de nuestro procurador:

“1º El “Institutum” de la Compañía de Jesús, impreso en Praga por disposición de la XIV Congregación General.

“2º Los libros del nuestro P. Lancicio, desconocido en este país³³.

“3º Algunos opúsculos ascéticos, para rehacer la tibieza de mi espíritu.

“4º Un catálogo de la provincia de Bohemia de la Compañía de Jesús, tal como el que en 1696 fue enviado al P. Estanislao Arlet³⁴, que me envió una copia.

taba el P. Antonio María Fanelli, quien describió este viaje en una carta publicada en la Revista Chilena de Historia y Geografía, tomo LXI, 1929.

El P. de Viñas fue Rector del colegio máximo durante muchos años. Pronunció el sermón fúnebre con ocasión del entierro del obispo de Santiago, Puebla González.

³¹ P. Jorge Brandt: hemos dado noticias de él en la nota 7a, junto con su carta.

³² P. Jorge Burger: noticias de él en la nota 12.

³³ Lancicio: se trata del jesuita polaco Nicolás Lanczycki, nacido en Lituania en 1574; se convirtió en 1590 del calvinismo a la fe católica e ingresó dos años más tarde a la Compañía de Jesús. Estudió teología en Roma y desempeñó en su patria una vasta actividad docente y religiosa. Escribió obras de carácter ascético, muy traducidas en su época. Una de ellas se intitula: “De las condiciones de un buen superior”. Murió en 1653 en Kowno.

³⁴ El P. Estanislao Arlet, nacido en 1663 en Silesia, entró a la Compañía en 1675 y 20 años más tarde llegó al Perú. Desde 1697 trabajó en la misión de los mojos. Eminente cartógrafo, llegó a ser catedrático y después Rector de la Universidad de Chuquisaca.

“Los PP. Estanislao Arlet y Francisco Borine, ambos de la provincia de Bohemia, se encuentran aún en la difícil misión de los indios mojos, cuyos primeros apóstoles son³⁵. Los mojos viven en las selvas del Perú, al otro lado de la cordillera, a unas 1.500 horas de camino desde aquí³⁶.

“En el caso de que S. Rev. tuviera a bien contestar mi carta, le rogaría enviar su respuesta en dos copias al RP. Asistente de España en Roma. En una de las copias habría que poner “vía prima”; en la otra, “vía secunda”. El P. Asistente enviará ambas copias al P. Grocurador General en Sevilla, el cual a su vez las despachará por dos caminos diferentes a Santiago. De este modo, aunque una de las cartas se perdiera, la otra podría llegar a su destino. En el sobre de la carta habría que escribir: “Al P. Andrés Supecio de la Compañía de Jesús en Santiago de Chile”.

“Se encomienda a su oración y a la de toda la provincia su servidor en Cristo,

P. Andrés Supecio”.

EL P. FELIPE VANDERMEER O DE LA LAGUNA Y LA MISION DE
NAHUELHUAPI (1704).

La misión de Nahuelhuapi y de la Patagonia representa uno de los episodios más interesantes y al mismo tiempo más desafortunados de la historia de la Compañía en Chile. Fue su fundador el célebre P. Mascardi, de la misma Compañía de Jesús, buscador infatigable de la Ciudad de los Césares y explorador de la Patagonia, que en 1673 cayó víctima de los flechazos de los indios poyas. Durante treinta años la región del Nahuelhuapi no vio misioneros sino ocasionalmente, entre ellos al P. José de Zúñiga. Con ocasión de la llegada a Chile en 1699 de nuevos misioneros se pensó restablecer la antigua misión, comisionando para ello al P. Felipe Vandermeer, que en Chile adoptó el nombre de Felipe de la Laguna. Había nacido es-

³⁵ El P. Francisco Borine, nacido en Silesia en 1663 y compañero de Arlet en las misiones de los mojos, falleció en olor de santidad en Potosí, año de 1713 y fue enterrado en la iglesia de la Compañía.

³⁶ Las misiones de los mojos se encontraban en la actual Bolivia, entre los ríos Mamoré y Guaporé.

te Padre en Malinas en 1667 y en 1699 había llegado a Chile. Fue enviado primero como Rector al colegio de Chiloé en reemplazo de su compañero de viaje, el P. Matías Merlebeck, prematuramente fallecido. Desde allí emprende en 1703 su expedición a Nahuelhuapi.

El jesuita francés P. Juan Armando Nyel³⁷ que, destinado a la China, pasó por el Estrecho de Magallanes en 1704 y se detuvo algún tiempo en el Perú, tuvo noticias de la refundación de Nahuelhuapi como misión y escribía el 20 de mayo de 1705 desde Lima al P. Dez, en Francia:

“... Daré algunas noticias de otra misión, fundada hace dos años en las tierras más meridionales de América, de donde con el tiempo se espera poder penetrar hasta el Estrecho de Magallanes, que avistamos en nuestro viaje. Como pertenece esta misión a la provincia de Chile, que tiene pocos operarios y está muy cargada de muchas otras misiones de españoles y de los naturales del país que se han convertido, no puede emplear sino un corto número de sacerdotes en el cultivo de tan dilatado campo. Por otra parte, pide esta misión talentos singulares en sus misioneros; pues deben tener una salud fuerte y robusta, un desapego perfecto de todas las comodidades de la vida; en fin, una suavidad que gane los corazones; una fortaleza, valor y constancia que esté a prueba de las dificultades más arduas en medio de un pueblo bárbaro; pero por feroz e indómita que sea esta nación, bajará la cabeza para recibir el yugo de la religión cristiana, si el celo de los hombres apostólicos se regula por aquella sabiduría sobrenatural, que no mira sino a Dios; por aquel desinterés, que no busca sino la salvación de las almas; y sobre todo, por aquella dulzura que gana antes de rendir los entendimientos.

“Hará como 30 años que murió el P. Nicolás Mascardi³⁸ de nuestra Compañía, hombre ilustre por los grandes trabajos que pasó y por los pueblos que convirtió, el cual gastó muchos años en bar-

³⁷ El P. Juan Armando Nyel, S. J., nació en 1670 en Vitry-le François. En 1704 hizo un interesante viaje desde Francia, pasando por el Estrecho de Magallanes, con escala en Concepción para llegar finalmente a Lima, desde donde escribió dos cartas describiendo su viaje y los sucesos de América. Falleció en 1738 en Madrid.

³⁸ El P. Nicolás Mascardi nació en 1624 en Sárzana, provincia de Génova e ingresó al noviciado de la Compañía en Roma el año 1638. Cuando el P. Alonso de Ovalle llegó a Roma habló con tal fervor de Chile y sus misioneros

bechar este campo estéril e inculto; y fue con tan feliz suceso, que recogió una abundante mies y mereció después la corona del martirio, como premio correspondiente a sus apostólicos trabajos. Desde aquel tiempo esta tierra, regada con sangre tan preciosa, ha dado tan bellas esperanzas que muchos jesuitas de la provincia de Chile se han ofrecido a continuar la empresa del P. Mascardi, cuyo nombre se ha hecho venerable entre los mismos que lo martirizaron, pues movidos estos pueblos del arrepentimiento de su delito y prevenidos interiormente de la gracia hace mucho tiempo pidieron jesuitas que les enseñasen el camino del cielo. Aseguran muchos de ellos que se les ha aparecido el Padre y consolado, prometiéndoles que irían allá misioneros para instruirlos y convertirlos. En efecto, fuese verdadero el hecho o fuese rumor sin fundamento, dos años después inspiró Dios al P. Felipe de la Laguna que pusiese mano en obra tan importante a la salvación de las almas”.

Mucho se esforzó el empeñoso flamenco en hacer revivir la misión de la Patagonia, pero el 29 de octubre de 1707 iba a correr la misma suerte del P. Mascardi, envenenado por los indígenas. Lo sucedía en la difícil misión el P. Juan Guillermo, italiano y compañero de viaje suyo en 1699, que a su vez moría de chicha envenenada el 17 de mayo de 1716. Enviado el P. Francisco Javier Elguea como primer jesuita chileno a la misión de Nahuelhuapi parecía también él bajo las flechas de los indios el 14 de noviembre de 1717. Consumada esta cuarta matanza de misioneros del Nahuelhuapi, los indios incendiaron la misión, entre cuyos restos el P. Jaspers encontró más tarde el cadáver carbonizado del P. Elguea. En vista de tantas desgracias y de la falta de misioneros se decidió abandonar por el momento la misión de la banda oriental patagónica. Sólo en 1766 el jesuita alemán Segismundo Guell comenzó a restablecer la misión; pero al año siguiente la expulsión de los jesuitas apagó también esta esperanza. Con ello Chile perdió uno de sus principales títulos de dominio sobre la región del Nahuelhuapi y toda la Patagonia oriental.

que el joven Mascardi solicitó ser enviado a aquel país. En 1647 pasó a España y en 1650 a Chile. En 1652 defendía en Santiago su tesis de teología. Después de trabajar en las misiones de Arauco en 1655 era destinado a Chiloé y en 1668 pasaba al Nahuelhuapi, donde sufrió el martirio en 1673. Cf. Gmo. Furlong, Nicolás Mascardi y su Carta-Relación (1670), Buenos Aires, 1963.

De la carta-relación del P. Felipe de la Laguna conocemos dos versiones: la alemana³⁹, publicada en Stöcklein (Augsburgo 1728) y la española de Davín, que coincide con la francesa de las "Cartas edificantes". Seguimos el texto de Davín: "Cartas edificantes y curiosas escritas de las misiones extranjeras por algunos misioneros de la Compañía de Jesús", traducidas por el P. Diego Davín, S. J., Madrid 1755, tomo V.

Relación del establecimiento de la misión de Ntra. Sra. de Nahuelhuapi, sacada de una carta del P. Felipe de la Laguna, de la Compañía de Jesús.

Hacia algunos años que con particular vocación y singular disposición de su misericordia, me llamaba Dios a la conversión de los indios llamados puelches y poyas, situados enfrente de Chiloé y del otro lado de las montañas de los contornos de Nahuelhuapi, a 50 leguas del Mar del Sur, en la altura de casi 42 grados de latitud meridional. La memoria reciente de las virtudes heroicas del P. Nicolás Mascardi había hecho nacer y crecer en mí el deseo de recoger lo que había sembrado; y como es muy fecunda la sangre de los mártires, no dudaba que había de hallar una dichosa y abundante mies. Sin cesar suspiraba por esta amada misión y encerraba en el fondo de mi corazón estos santos deseos, sin atreverme a darlos a conocer, porque, mirando las cosas con los ojos de la prudencia humana, me parecía casi imposible mi intención. No obstante, como venía de Dios mi vocación, me puse en sus manos y le dejé el cuidado de disponer los medios más convenientes para la ejecución de los designios que me inspiraba. Conocí luego que le era agradable mi confianza, porque su providencia, que nos gobierna por caminos secretos y siempre admirables, permitió que me nombrasen mis superiores Vicerrector del Colegio de Chiloé y me mandaron ir a Santiago, capital de Chile, por causa de algunos negocios que pedían mi presencia. Me dio el Señor a conocer que el viaje había de servir para otra cosa mucho más importante que aquella por la cual me hacían ir a Santiago. En efecto, habiendo por fortuna hallado en el puerto de Chiloé un navío que hacía vela para Valparaíso, que es el puerto de la ciudad capital, llegué allá en 15 días y comuniqué al P. provincial el deseo que me había inspirado Dios de establecer una nueva misión en Nahuelhuapi. Aprobó mi resolución y me dio palabra de apoyarla con todo su poder. Me puse en movimiento para asegurar el logro de obra tan grande.

³⁹ La versión alemana es notablemente más corta. Una traducción castellana de ella se encuentra en Juan Mühn, *La Argentina vista por viajeros del siglo XVIII*, Editorial Huarpes, Buenos Aires, 1946, pág. 11.

Comencé por interesar a las personas más santas y celosas a unir sus oraciones con las mías, para alcanzar a fuerza de súplicas y penitencias, las gracias necesarias para tan difícil empresa. Sobre todo lo encomendé a un santo religioso de nuestra Compañía, el hermano Alfonso López ⁴⁰, venerable por la inocencia de su vida, por la santa sencillez que reina en todas sus acciones, por el don extraordinario de oración y principalmente por su tierna devoción a María Santísima, de quien recibía singulares favores. Le prometí de poner la misión bajo la protección de tan poderosa abogada y que todas las iglesias que hiciese en honra de Dios serían dedicadas a la Madre de la Misericordia, si me alcanzaba lo que le pedía. Pocos días después vino a mí el hermano con semblante alegre y me dijo que pusiese toda mi confianza en Dios, y que saldría bien la empresa en que pensaba.

Había dificultades casi invencibles. Nada podía hacer sin el beneplácito del Gobernador de Chile ⁴¹ y este caballero estaba opuesto a los nuevos establecimientos, fuese por el sentimiento que tuvo de ver muchos abandonados por no haberlos podido mantener, fuese porque estando sin dinero el erario del Rey, no podía hacer los avances necesarios de caudal para fundar una nueva misión. En tan tristes circunstancias clamé con confianza al Señor, que es el dueño de los corazones, haciendo voto de decir 30 misas y ayunar 30 días a pan y agua en honor de la Santísima Trinidad, si alcanzaba el permiso del Gobernador. Escribí este voto en un papel y habiéndolo perdido cayó en manos de un hombre, quien, sin saberlo yo, lo llevó al Gobernador.

Pocos días después, habiendo encomendado con mucho fervor este negocio a nuestro Señor, me sentí tan lleno de confianza de salir bien, que determiné hacerle una visita. Saliendo de casa dije a un amigo mío que encontré, que iba a Palacio y que no volvería al colegio sin la licencia que iba a pedir.

⁴⁰ El Hno. Alfonso López, nació en un pueblo de Castilla en 1633, donde fue pastor de ovejas. En 1666 pasó a Chile como hermano coadjutor de la Compañía de Jesús, después de haber hecho su noviciado en la casa de Cádiz. Pasó un primer tiempo en el colegio de Mendoza, donde adquirió su fama de hombre humilde, servicial y místico. Fue trasladado más tarde al colegio de Bucalemu y administró la hacienda de la Compañía en Rancagua y en la Punta, cerca de Santiago. La fama de que había tenido visiones de la Sma. Virgen hizo que mucha gente lo consultara y acudiera a él para toda clase de dificultades, entre ellos el obispo de Santiago, Francisco de la Puebla y el gobernador Ibáñez. Murió el 27 de noviembre de 1715 en el colegio de San Miguel en Santiago, dejando fama de gran santidad. El P. Bel escribió su vida.

⁴¹ El Gobernador de Chile en aquellos años (1700 - 1708) era don Francisco Ibáñez de Peralta, nacido en Madrid en 1644. Su administración no fue muy afortunada y finalmente cayó en desgracia del Rey, quien lo reemplazó por don Juan Andrés de Ustáriz. Ibáñez de Peralta fue a dar a Lima y murió como hermano coadjutor de la Compañía de Jesús en la capital del virreinato.

Habiendo pedido audiencia me condujeron al cuarto del Señor Gobernador, quien estaba leyendo el papel sobre el cual había escrito mi voto, y sin esperar que le hablase, me dijo: "Váyase Su Rev., Padre mío, su negocio está concluido y convengo en ello de buena gana; y esté persuadido que cooperaré a su celo en cuanto de mi dependiere, según las órdenes e intenciones del Rey, mi Señor. Váyase Su Rev. a ganar almas para Jesucristo; pero sin olvidarse de encomendar a Dios a Su Majestad y a mí".

Debo decir a Su Rev. que jamás sentí ni gozo interior, ni consuelo más puro que aquel que me llenó el corazón en este instante y desde entonces me premió Dios de antemano muy liberalmente las penas y fatigas que había de padecer por su amor en el viaje que emprendía para llegar al lugar de mi misión.

Habiendo dado gracias a Dios por favor tan particular dispuse mi partida con las limosnas que me dieron algunas personas piadosas: compré ornamentos de iglesia, algunas curiosidades convenientes para hacer algunos cortos regalos a los indios, las provisiones precisas para mi viaje. En el mes de noviembre de 1703 me puse en camino con el P. José María Sesa⁴², que me dieron los superiores por compañero.

No puedo explicar las aventuras molestas y contratiempos que nos sucedieron, ni los trabajos que pasamos en casi 200 leguas, que auduvimos por caminos impracticables, atravesando torrentes y ríos, montes y bosques, sin socorro y sin guía, en una total carencia de todas las cosas. Cayó enfermo mi compañero de una fuerte calentura en la mitad del camino, lo que me obligó a enviarle al colegio más cercano con algunos de los que me acompañaban y con eso me quedé casi solo y abandonado en medio de estos indios feroces, a quienes el nombre de español es tan odioso, que quien por desgracia cae en sus manos no puede librarse de su furor y crueldad. Pero me sacó el Señor de estos peligros de un modo maravilloso, después de haberme juzgado digno de padecer algo por su amor, en un viaje de casi tres meses.

Llegué, pues, con mucho aliento y salud al término deseado de mi misión de Nahuelhuapi. Me recibieron los caciques como un ángel del cielo. Comencé erigiendo un altar debajo de una tienda, con toda la decencia posible, para mientras se edificase la iglesia. Visité a los principales del país, convidándolos a que viniesen a vivir conmigo para fundar un pequeño pueblo y para que yo pudiese ejercitar los ministerios con más fruto. Tuve el consuelo de ver a los neófitos, bautizados en otro tiempo por el Padre Mascardi, asistir a los oficios divinos y a la explicación de la doctrina cristiana, con tal fervor, devoción y hambre espiritual, que puedo fundar grandes y sólidas esperanzas de su firmeza en la fe y sin-

⁴² P. José María Sessa, nacido en Santiago en 1670 y fallecido en 1747. Se destacó como misionero en la Araucanía.

ceridad de sus promesas. Luego fui a consolar a los enfermos y ancianos, que no podían visitarme y bauticé a algunos niños con el consentimiento de sus padres.

Este primer consuelo creció mucho con la llegada del P. José Guillermo⁴³, enviado por los superiores para ocupar el lugar del padre Sesa. Concertamos los medios más propios para establecer sólidamente nuestra misión y resolvimos que él se quedase en Nahuelhuapi para construir una pequeña casa y una iglesia y que, entretanto iría yo a Valdivia a solicitar la protección del Gobernador en favor de los neófitos. Empeñé a los caciques a que le escribiesen una carta muy cortés, pidiéndole su amistad y amparo. Llegué a Valdivia a principios de abril de 1704, con los enviados indios, a quienes recibió con mucho gusto y ternura el señor Gobernador don Manuel de Aulestia⁴⁴, dándome mil muestras de estimación y amistad y empeñando su palabra de ayudar en cuanto pudiese a este nuevo establecimiento misionero. Me detuve en dicha ciudad el tiempo preciso para concluir mis asuntos y partí de allí a mediados del mismo mes de abril, junto con los dos enviados indios, a quienes entregó su respuesta el Gobernador para los caciques. Esta era del tenor siguiente:

“Señores: He sabido con mucho gusto por vuestra carta y por lo que me dijeron vuestros enviados, el buen recibimiento que habéis hecho a los misioneros de la Compañía de Jesús y la resolución que habéis tomado de abrazar nuestra santa religión. Después de haber dado solemnes gracias a Dios, Señor Soberano del cielo y de la tierra, por tan feliz noticia, debo aseguraros que no podéis pensar en cosa que sea más del agrado del gran monarca de las Es-

⁴³ P. Juan José Guillermo o Guillelmo, nació en Tempio, Cerdeña, y llegó a Chile en 1699. Se destacó primero como misionero en Cuyo, colaborando con el obispo Francisco de la Puebla. Hombre muy aplicado a los estudios, obtuvo luego la cátedra de filosofía en el colegio de San Miguel. Fue acusado ante la Inquisición, pero salió absuelto del proceso que se le entabló. Renunció entonces a la cátedra y se dedicó enteramente a las misiones, primero en Culé, junto con el P. Kleffert, después como ayudante del P. Vandermeer (De la Laguna) en Nahuelhuapi. En aquella misión se preocupó de formar una biblioteca bien surtida y escribió un diccionario y una gramática de la lengua poya, una biografía del P. Mascardi y varios tomos de Moral. Trabajó mucho por el desarrollo espiritual y material de la nueva cristiandad; fue el descubridor del camino de Bariloche y cruzó 12 veces a pie la cordillera por Peulla y el Lago Todos los Santos. Compañero primero del P. De la Laguna, cuando éste pereció envenenado en 1707, lo sucedió como superior de la misión, hasta que también él moría envenenado de los indios 10 años más tarde (1717).

⁴⁴ Manuel Aulestia y Cabeza de Vaca, solicitó en 1697 al Gobierno de Valdivia, después de haber servido durante 17 años en Flandes y 6 en el ejército de Cataluña. Fue provisto para el cargo de Valdivia por Carlos II, a recomendación de la junta de guerra de Indias, con fecha 2 de noviembre de 1697, ejerciendo el cargo de 1700 a 1706.

pañas y de las Indias, Felipe V, mi Señor y mi dueño, a quien Dios colme de gloria, de prosperidad y de años; por lo cual, como represento su persona en el empleo con que me ha honrado, os ofrezco y os prometo de su parte, para siempre, su amistad y protección para vosotros y para los que siguiesen vuestro ejemplo. Os hago saber al mismo tiempo que debéis tener cuidado que después de haber abrazado la fe católica todos vuestros vasallos, presten juramento de fidelidad y obediencia al Rey, mi amo, quien será siempre vuestro apoyo, vuestro protector y vuestro defensor contra todos vuestros enemigos. Así, desde hoy yo y mis sucesores queremos mantener con vosotros una constante amistad y una sólida correspondencia para socorremos en vuestras necesidades. Esperando que seréis muy fieles en ejecutar lo que os prescribo en nombre del Rey, mi amo, he querido hacer mi palabra más auténtica, poniendo aquí el sello de mis armas.

“Valdivia, a 8 de abril de 1704.

Don Manuel de Aulestia”.

A mi vuelta de Valdivia hallé una pequeña iglesia edificada en Nahuelhuapi, a los neófitos llenos de fervor y muchos catecúmenos dispuestos a recibir el bautismo por el celo del P. Guillermo, mi compañero. Fue recibida la carta del Gobernador con mucho gozo por todo el pueblo y comenzamos muy de veras a poner manos a la obra de Dios. Ya hemos hecho una pequeña casa y echado los cimientos de una iglesia más grande, porque empiezan a buscarnos las naciones vecinas. No obstante, como el país en que estoy está habitado por dos naciones, llamada la una de los puelches y la otra de los poyas, parece haber entre ellos celos y emulación, porque me quisieron disuadir los puelches que trabajase en la conversión de sus vecinos, diciéndome que es una nación fiera, cruel y bárbara, con la cual no se puede tratar.

Yo conocía el buen genio y la docilidad de los poyas, que me habían instado mucho a que los instruyese y me percaté de que los puelches obraban con pasión. Así, juntando algunos días después a los principales de esta gente, les hablé con mucha eficacia, poniéndoles delante de los ojos las razones que no me permitían seguir su consejo. Les dije que Dios quería salvar a todos los hombres, sin excepción de personas; que no podían los ministros de Jesucristo excluir del reino del cielo a ningún pueblo, sin faltar a la justicia y a su obligación, porque eran enviados a instruir y bautizar a todas las gentes; y que ellos mismos, si querían ser verdaderos cristianos, debían ser los primeros en procurar con celo la salvación y conversión de los poyas, los cuales eran hermanos de Jesucristo, herederos de su gloria y rescatados igualmente con su sangre preciosa, derramada para salvar el mundo entero; que el estorbo que pretendían poner a la conversión de sus vecinos era lazo y ardid del demo-

nio, común enemigo de los hombres, para privar a este pueblo del beneficio inestimable de la fe y de todo mérito. Estas razones hicieron en ellos bastante impresión y sin más tardanza me dieron palabra de no oponerse a la enseñanza y conversión de los poyas. En fin, habiendo vencido esta dificultad, que podía retardar el progreso del evangelio y habiendo dispuesto los corazones de aquellos que con más fervor me pedían el santo bautismo, escogí un día solemne para hacer con más pompa las ceremonias y los bauticé a todos. Ahora tengo gran consuelo de ver el cambio maravilloso que ha obrado la gracia de Jesucristo en sus costumbres y conducta, en su fervor y difelidad en cumplir con sus obligaciones.

Estas son, Padre mío, las primicias de mis trabajos apostólicos. Ruegue Su Rev. al Señor que envíe operarios celosos y de mucho aliento y que disponga el espíritu y el corazón del infinito pueblo que nos rodea, para que reciba la fe y para que se digne el Señor de derramar su bendición sobre mi trabajo. No haré ahora la descripción del país, ni hablaré de las costumbres y usos de los pueblos, por no haber estado aquí tiempo suficiente para conocerlas bien. Para el verano que viene estaré mejor informado, porque intento recorrer todo el país para conocerlo con más exactitud y establecer misiones en los parajes que juzgare convenientes.

Se extiende este país hasta el estrecho que llaman de Magallanes y tiene por aquel lado más de cien leguas y del lado del Mar del Norte tiene muchas más. Me atrevo a esperar que Dios querrá servirse de un instrumento tan débil como yo para ganar a Jesucristo esta gran extensión de tierras y espero que su Providencia, siempre alerta para la conversión de los infieles, inspirará a muchos, animados de su espíritu, a venir a tomar parte en nuestros trabajos y a acabar lo que tan felizmente hemos comenzado.

Felipe de la Laguna.

EL VIAJE DEL CAPUCHINO FRANÇOIS DE BOURGES Y LA EXPEDICION DEL PROCURADOR P. DOMINGO MARINI (1712).

El año 1712 pasaba por Chile un curioso viajero, el capuchino P. Florentín de Bourges, que venía a pie desde Buenos Aires y esperaba embarcarse en Concepción en una nave francesa con destino a Perú, México y de allí a la India, su meta final. El extenso relato de este viaje, del cual reproducimos sólo la parte que se refiere a Chile, apareció en la edición de las "Cartas edificantes" por las muchas conexiones que presenta con la labor de los jesuitas en América. La narración es avalada por el jesuita Bouchet, misionero en Pondicherry, India, quien atestigua la llegada del capuchino a aque-

lla misión en el año 1714. La edición alemana de la carta por Stöcklein, presenta ciertas variaciones con respecto del original francés que no se limitan a meros matices: hay en Stöcklein todo un episodio interpolado con intenciones de edificación. Con todo, la parte del relato que describe el paso por Chile es casi idéntica en la traducción alemana como en el original francés. Nos basamos en este último.

El relato del capuchino es uno de los testimonios más importantes para ubicar el momento histórico de esta tercera expedición que llegaba a Chile con misioneros extranjeros, después de las de 1686 y 1699. A diferencia de la expedición anterior, en ésta venían algunos alemanes. Se cumplía, pues, en cierta medida el anhelo del P. Supecio; pero éste no alcanzó a ver su cumplimiento, ya que falleció en Valdivia el 6 de noviembre de 1712, cuando el contingente de misioneros, guiado por el P. Marini, estaba todavía en Mendoza.

Entre los germanos (alemanes, suizos, flamencos) que llegaron a Chile con el P. Marini mencionemos a los PP. José Bántel (¿Pertel?), José Imhoff, José Mayr, Francisco Javier Wolfwiesen y Arnaldo Yaspers y los hermanos Juan Haberkorn y Juan Bitterich ^{44a}.

Imhoff nació en 1681 en Goms, Suiza, entró a la Compañía en 1706. Desarrolló un fructífero apostolado en Toltén, Valdivia y Chiloé. Exploró en 1716 el paso de los Andes por Villarrica y murió en Valdivia en 1736.

Pertel (o Bántel) nació en 1675 en Landshut, Baviera y entró a la Compañía en 1694. Trabajó también en las misiones del Sur y murió en 1731.

Mayr, oriundo de Munich, volvió a su ciudad natal después de haber trabajado un tiempo en Chile y murió allá en 1753.

Wolfwiesen nació en 1679 en Rosenheim de Baviera y entró a la Compañía en 1698. No vino con el contingente de los 50 misioneros, sino que pasó primero por Quito, llegando a Chile en el mismo año de 1712. Trabajó 35 años en las misiones de Arauco. En 1744 era consultor en el sínodo diocesano de Concepción. En 1751 estaba en el colegio de Chillán, donde probablemente falleció. Fue un hombre muy venerado por sus virtudes.

^{44a} De Bitterich daremos noticia al reproducir su carta.

Jaspers era flamenco. Su primer puesto fue en San Juan de Cuyo; en 1714 era nombrado superior del colegio de Chiloé, en 1717 lo encontramos en la isla de Huar, en 1720 en la de Chequián.

Damos a continuación del relato del capuchino François de Bourges la parte que se refiere a su pasada por Chile en 1712:

*Del relato del capuchino François de Bourges.**

Mendoza es una ciudad bastante grande, pero con pocos habitantes; está situada al pie de la cordillera. Esta es una larga cadena de montañas que va de Norte a Sur y divide toda la América meridional. Hay en Mendoza diversas casas religiosas y un gran colegio de Padres jesuitas. En lo espiritual depende del obispo de Santiago de Chile. Llegué a Mendoza hacia el mediodía y al pasar por la plaza encontré a un eclesiástico que me saludó con mucha cortesía y me invitó a almorzar. Era el cura párroco de los españoles.

Después del almuerzo le rogué que me indicara el camino a la casa de los Padres jesuitas, pero él decidió acompañarme personalmente hasta allá. Los Padres ya se habían enterado de que yo debía pasar por Mendoza en mi camino a Chile y al Perú. Cincuenta misioneros destinados a Chile, pertenecientes al mismo grupo que ya había conocido en Buenos Aires, y que hacía dos meses habían llegado a Mendoza, los habían informado de mi viaje ⁴⁵. Por ello el P. Rector me dijo, abrazándome cariñosamente, que la inquietud que había sentido por causa mía redoblaba la alegría que sentía de verme; mucho había temido que me hubiera ocurrido algún accidente en mi ruta. Después de algunos momentos de conversación hice ademán de retirarme, pero el P. Rector me tomó rápidamente del brazo y me dijo: "Su Rev. no se alojará en ninguna otra parte sino aquí. El señor cura es tan amigo nuestro que no se enfadará si yo retengo en nuestra casa a Su Rev. La gran cantidad de misioneros que tenemos en el colegio me impide ofrecerle un cuarto especial, lo que me mortifica bastante, pero Su Rev. no tendrá a mal compartir conmigo mi aposento. Ya he dado órdenes a fin de que le preparen en él un lugar cómodo". La invitación era demasiado insistente como para no aceptarla. La alegría de estar en la compañía de tan fervientes misioneros hizo que me olvidara muy pronto de mis fatigas pasadas.

Mientras tanto seguía ocupado con mi proyecto de viaje a Chile, donde esperaba encontrar algún barco francés que hiciese vela a China, pasando por las islas Marianas. En aquellas islas era mi intención esperar el galeón que hace la ruta entre la Nueva España y Manila. Desde Manila me sería fácil llegar a la costa de Coromandel.

⁴⁵ Se trata del grupo de misioneros encabezados por el procurador P. Marini, y que había salido de España en 1711.

Hay dos caminos para ir de Mendoza a Santiago: uno consiste en atravesar directamente la Cordillera; el otro va bordeando las montañas hacia el Norte, hasta un pueblo llamado San Juan de la Frontera, para en seguida torcer al Sur, pasando por las montañas ⁴⁶; Santiago está casi a la misma altura de Mendoza. El primer camino no representa más de 25 leguas, mientras que el segundo supera las 100. Me informé si podía pasar la cordillera y me respondieron que, por supuesto se podía hacer aquel camino, pero que era muy difícil y muy peligroso a causa de las nieves que cubren siempre aquellas montañas. Los españoles no iban jamás por allí, prefiriendo hacer un largo rodeo (por San Juan), que exponerse a los riesgos de una ruta tan impracticable.

El deseo de encontrarme cuanto antes en Chile me determinó a tomar el camino más corto, a pesar de sus dificultades. Pensaba además que era el mes de diciembre, mes de verano en estos lugares meridionales y que estando aún en Europa había pasado los Alpes y los Pirineos y que probablemente la Cordillera no sería más empinada que aquellas montañas. Por lo demás, caminando podría pasar más fácilmente por los pasos inaccesibles a gente a caballo.

Comuniqué mi proyecto al Rvdo. P. Rector del colegio, que hizo todo lo que pudo para apartarme de él. Me proponía que esperase la partida de sus misioneros, que tenían el designio de pasar dentro de dos meses a Chile. Sin duda habría sido para mí más agradable viajar con ellos, pero como tenía prisa, mantuve mi primera decisión.

Las dos primeras jornadas no fueron excesivamente duras; pero cuando penetré más en las montañas, me encontré con obstáculos casi insuperables. Era necesario trepar montañas escarpadísimas y llenas de nieve y deslizarme después por laderas heladas, donde no se divisaba ningún sendero. Al fin, después de fatigas increíbles y que duraron siete días, me encontré al otro lado de la cordillera.

Me encaminé derechamente a Santiago, de la que no me separaban más que cuatro leguas y que hacía dos días había entrevisto desde lo alto de las montañas. Después de haber atravesado una laguna, en parte vadeándola, en parte nadando, llegué a una hermosa chacra ⁴⁷. Fue para mí una sorpresa muy agradable encontrar allí a un Padre jesuita que me recibió con grandes muestras de amistad. Se sorprendió mucho cuando, al entregarle una carta del P. Rector de Mendoza, se dio cuenta, por la fecha de la carta que yo había salido de Mendoza recién 8 días antes. La hacienda pertenecía al colegio de Santiago. Hay allí una iglesia muy limpia para los negros y los esclavos, que forman una aldea de 300 a 400 personas. El Padre se ocupa de su instrucción, mientras que un hermano

⁴⁶ Se refiere al paso de Aguas Negras entre San Juan y Coquimbo.

⁴⁷ Se trata probablemente de la hacienda de Chacabuco, perteneciente a la Compañía.

coadjutor que lo acompaña controla el trabajo. Después de un descanso de dos días en aquella hacienda continué mi camino hacia Santiago.

Santiago es la capital del Reino de Chile. Es una ciudad grande, de muchos habitantes, situada en una llanura agradable que atraviesan un hermoso río y gran cantidad de arroyos; éstos vuelven muy productiva la tierra. Fuera de los frutos propios del país, se dan allí perfectamente bien los que se han traído de Europa. La suavidad del clima, la facilidad del comercio, la fertilidad de la tierra, que entrega todo lo que se necesita para vivir con delicias, han atraído a muchas familias españolas que han fijado aquí su residencia. Las calles son amplias y rectas, las casas están sólidamente construidas y son cómodas. Hay un obispo, cabildo eclesiástico y diversas comunidades religiosas.

Lo primero que hice al llegar a la ciudad fue de presentar mis respetos al señor obispo⁴⁸. Me recibió con mucha bondad y dio orden que se me preparara un aposento en su casa. La amabilidad de aquel gran prelado se redobló en cuanto se enteró del motivo de mi viaje. Al día siguiente fui a visitar a los Padres jesuitas, que tienen un colegio y una casa de noviciado en la ciudad. No me detuve más tiempo, porque me había enterado que habían llegado tres naves francesas al puerto de Concepción, que está a cien leguas de Santiago⁴⁹. Me encaminé hacia allá y llegué en doce días. Chile me pareció uno de los países más bellos y más fértiles que he visto.

Concepción fue antiguamente la capital de Chile. Es una aldea a orillas de una gran bahía donde los barcos anclan con seguridad. Una isla que la naturaleza ha formado en medio de la bahía los protege del furor de las olas y de los vientos⁵⁰. Encontré en el puerto los tres navíos de los que se me había hablado; pero como habían llegado hacía poco, no estaban dispuestos a reanudar muy pronto el viaje. Eso determinó irme a Valparaíso, donde, según se me aseguró, había una nave que estaba a punto de salir al Perú. Si hubiera sabido esto en Santiago me habría evitado muchas fatigas, ya que Valparaíso no está a más de 20 leguas de la capital y así tuve que caminar 200. En Valparaíso encontré efectivamente el navío, que estaba cargado y pronto para salir.

⁴⁸ En 1712 era undécimo obispo de Santiago don Francisco Romero, natural de Alcobendas (Madrid), 1708 - 1717. Se conserva su retrato en el museo de Maipú. En 1717 fue trasladado a la sede de Quito.

⁴⁹ Bajo el amparo o la tolerancia del borbón Felipe V, comenzaba a desarrollarse el comercio y el contrabando de los franceses en la costa del Pacífico.

⁵⁰ La antigua Concepción, es decir, la actual Penco.

EL HERMANO JUAN BITTERICH (1720).

Entre los jesuitas germanos llegados en la expedición del P. Marini en 1712, el hermano Juan Bitterich es uno de los más importantes. Bitterich o Pitterich había nacido en 1675 en Landeck, Tirol, y había entrado como hermano coadjutor en 1701 a la provincia de Renania Superior de la Compañía, donde se destacó como escultor de talento. El Cardenal Schönborn, para el cual el hermano había hecho varios trabajos, protestó cuando se enteró de que había sido destinado a Chile. El hermano escribió al Cardenal diciéndole que para él era un alto honor servir a Dios en América. Fuera de las obras que ejecutó para el Cardenal, dan testimonio de sus dones artísticos en Alemania varias imágenes de la iglesia de la Compañía en Bamberg. En Chile, donde llegó en 1712, se dedicó igualmente a la escultura. Se le atribuye la célebre estatua de San Sebastián de Los Andes⁵¹. El hermano se desempeñó también en la construcción y la ingeniería. Junto con el P. Guillermo Millet S. J., recibió el encargo del Gobernador Ustáriz de reconocer los terrenos por donde habría de llevarse el proyectado canal de Maipo y de hacer su trazado.

Al igual que el P. Supecio, el hermano Bitterich se empeñó en atraer a Chile a compatriotas suyos, logrando que fuesen enviados 18 de ellos. Se destacó entre ellos el hermano Adán Engelhardt, que sucedió a Bitterich en el taller de escultura. Otro de los más famosos de este contingente que iba a llegar a Chile en 1724 fue el P. Carlos Haimbhausen, con el cual la influencia del elemento germánico en los cuadros misionales de la Compañía iba a asentarse definitivamente. Pero el hermano Bitterich iba a tener la misma suerte que el P. Supecio en cuanto a la realización de sus deseos: el mismo año de 1722 en que se hacían a la vela en Cádiz los 41 misioneros (18 de ellos alemanes) bajo la conducción del P. procurador Lorenzo Castillo, el hermano Bitterich terminaba prematuramente su vida en el Paraguay.

La carta del hermano Juan Bitterich es del 15 de abril de 1720 y va dirigida al ex provincial de Renania, P. Nicolás Pottu. Su texto es el siguiente:

⁵¹ Cf. Vicente Sierra, ob. cit., pág. 258.

“Venerable Padre en Cristo:

“Recuerdo muy bien que Su Rev. en contestación a mi carta de despedida me deseaba buena fortuna para mi viaje de Alemania a Génova, de Génova por mar y tierra a mi querida provincia de Chile y de Chile a la patria celestial. Sólo me falta este último tramo del viaje.

“Acordarme de Su Rev. es un beneficio para mi alma; este recuerdo me aparta del mal y me anima en el servicio de Dios.

“En cuanto a mi cargo y ocupación: debo trabajar mucho para toda la provincia de Chile. Nuestros superiores en las diferentes casas necesitan estatuas, altares, imágenes, retablos y los piden con insistencia ya que no se encuentra en este país ni un escultor o constructor que domine su oficio a fondo. Dos procuradores provinciales, que irán ahora a Roma, llevarán consigo esta carta. Se trata de los PP. Lorenzo Castillo y Manuel Ovalle, ambos nacidos en Chile y hombres de renombre⁵². Van con el deseo y el encargo de traer jesuitas jóvenes de Alemania, especialmente hermanos que sepan algún oficio. Se necesitan dos carpinteros, dos albañiles y un escultor. En esta región del mundo escasean jóvenes de esta especie. Nuestros superiores muchas veces se ven en la necesidad de recibir en la Compañía a hombres poco hábiles, que no entienden de arte ni de artesanía, ni tienen profesión determinada y finalmente también fracasan como religiosos. Por ello quiero pedir a S. Rev. que interceda ante el P. Provincial para que permita a los mencionados Padres procuradores traer algunos hermanos de allá.

“Nuestra provincia de Chile no excede las 200 personas, aunque en extensión geográfica es inmensa. En las ciudades se habla en todas partes el español. Hay en las ciudades pocos hijos del país que

⁵² La elección de los dos procuradores y la decisión de pedir hermanos artesanos a Alemania emanan de la cuarta Congregación Provincial celebrada en 1718.

El P. Manuel de Ovalle nació en Santiago, hijo de Antonio Rodríguez de Ovalle y Catalina Ureta Pastene. Entró a la Compañía el año 1700. Como resultado de las gestiones que hizo con el P. Lorenzo del Castillo obtuvieron de las provincias alemanas 3 Padres y 15 hermanos novicios. Llegaron a Santiago el 4 de febrero de 1724. Más tarde el P. Ovalle fue nombrado Rector del colegio de Concepción y Rector del nuevo seminario. Escribió un tratado de filosofía: “Universa philosophia”.

sepan la lengua india; por otro lado, muchos indios hablan el español, incluso en el campo. Sin embargo, el conocimiento de la lengua de los indígenas es muy necesario para nuestros misioneros. Generalmente se envían dos o más Padres a cada misión, para que el menor aprenda la lengua indígena del mayor.

“Quizás Su Rev. aún no haya tenido la triste noticia de que los cuarenta Padres de nuestra Compañía enviados de Europa para nuestras dos provincias de Nueva Granada y Quito naufragaron en el océano⁵³. Cinco de ellos eran de la provincia de Alemania Superior: los PP. Winter, Lippert, Bertel, Weingartner y el P. Riedmiller, novicio. Cuatro eran neerlandeses: los PP. Aloisio Neumann (de Colonia), el P. Luis Weickenschlot, el P. Wollfenbrock y el P. Messmacher, todos de la provincia de Flandes.

“Réstame pedir a Su Rev. que me recuerde por amor de Dios en el santo sacrificio de la misa.

“Soy su hijo indigno,

Bitterich”.

Con esta carta y la muerte de Bitterich en 1722, termina nuestro estudio que abarca sólo los primeros años de la entrada de los misioneros germanos en el campo misional de Chile. Frente a este período, el de 1724 - 1767, presenta otras características que pueden ser objeto de un estudio aparte.

⁵³ Según Sierra, entre 1686 y 1727 perdieron su vida en naufragios 113 misioneros jesuitas.